

EL DESPERTAR DE UNA GENERACIÓN

DEL #YOSOY132
A AYOTZINAPA

**Massimo Modonesi
y César Enrique Pineda**



EN
MOVIMIENTO



CLACSO

El despertar
de una generación

El despertar
de una generación
Del #yosoy132 a Ayotzinapa

Massimo Modonesi y César Enrique Pineda



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora Editorial

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Julián Rebón y Bernardo Mançano Fernandes - Coordinación de la colección

Modonesi, Massimo

El despertar de una generación : del #yosoy132 a Ayotzinapa / Massimo Modonesi ; César Enrique Pineda. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2022.

Libro digital, PDF - (En movimiento)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-293-8

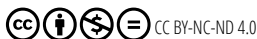
1. Movimiento Social. 2. México. 3. Jóvenes. I. Pineda, César Enrique. II. Título.

CDD 305.235

Corrección: Marcela Alemandi

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

Diseño y diagramación: María Clara Diez



© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Presentación En Movimiento	7
Introducción.....	9
Capítulo 1. Las estaciones del #yosoy132	15
Capítulo 2. Ayotzinapa, nos faltan 43	65
Epílogo. La generación indignada del 12-14.....	117
Bibliografía.....	133

Presentación

En Movimiento

La potencia de las luchas sociales se destaca en los trazos de la historia reciente y en la geografía de nuestra América. Diferentes movimientos y, en ocasiones, verdaderas rebeliones ciudadanas han empujado cambios en los tiempos sociales y políticos de nuestra región. Estas luchas ponen en cuestión desde la práctica colectiva los clivajes de la desigualdad persistente, los modelos de desarrollo excluyentes y ecológicamente no sustentables, así como la anemia democrática y el autoritarismo. En su desenvolvimiento vetan gobiernos y políticas, promueven demandas que desbordan los canales institucionales, constituyen identidades colectivas, configuran territorios como resistencias y existencias, factualizan experiencias de transformación y superación, renuevan el debate público, ponen *En Movimiento* a la sociedad. Pero la movilización no es patrimonio exclusivo de los sectores populares, ni de las fuerzas progresistas y las izquierdas.

También se hacen presentes acciones colectivas de diverso tipo que se activan en respuesta a avances logrados por estas luchas y por las experiencias de gobiernos populares. La política de las calles y de los campos representa así un elemento significativo en la disputa por el futuro y el horizonte del cambio. El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales pone a disposición de las y los lectores esta colección de libros que, en clave de difusión, se propone dar cuenta de los principales movimientos, revueltas y conflictos de la América latina y el Caribe del siglo XXI. Desde diferentes tradiciones del pensamiento crítico y las ciencias sociales, la biblioteca *En Movimiento* pone en debate la riqueza y el protagonismo de estas luchas y los senderos de transformación que abren.

Bernardo Mançano Fernandes
Julián Rebón

Introducción

No se puede entender la historia de lo que va del siglo XXI mexicano, incluido el parteaguas electoral de 2018 y la experiencia del gobierno progresista de Andrés Manuel López Obrador, sin reconocer el carácter epocal de la fractura política generada por las masivas protestas que ocurrieron en el país en el trienio 2012-2014, con los movimientos #YoSoy132 y por los 43 de Ayotzinapa, de los cuales fueron protagonistas los jóvenes, en particular los estudiantes.

La historia política de un país, es decir de las transformaciones que lo van conformando, es -en primera instancia-, la historia de las luchas sociales que impugnan el *statu quo* y trastocan los equilibrios que garantizan su conservación. En el caso particular de México, la oleada de protestas que describiremos y analizaremos resultó ser un tsunami cuyos efectos –en parte inmediatos y en otra porción diferidos– arrasó con la credibilidad y la legitimidad del régimen de la transición

pactada, asentado en el acuerdo de alternancia que regía la política nacional desde el año 2000 entre el ex partido de Estado, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), y el Partido Acción Nacional (PAN) –que compartían más de lo que los dividía– y que fue incluyendo, en un lugar subalterno, al Partido de la Revolución Democrática (PRD).

Tanto desde la lógica del análisis de este proceso político –de la periodización histórica que se va perfilando conforme nos alejamos temporalmente de los acontecimientos– como de un rasgo sobresaliente que queremos subrayar –la emergencia de una generación política– estos dos acontecimientos de protesta extraordinarios, más allá de sus diferencias y de estar intercalados en el tiempo por un periodo de relativo reflujo, nos aparecen como parte indisoluble de un único proceso de movilización, dos oleadas de una misma tempestad.

Entre mayo de 2012 y diciembre de 2014, vastos sectores de mexicanos, jóvenes en su mayoría, se indignaron y se movilizaron para denunciar rasgos escandalosos de un régimen político –es decir una configuración estatal y un sistema partidario– que se reproducía a través de la corrupción, la imposición y la violencia. La secuencia de los acontecimientos refleja la escalada y el perfilamiento antagonista de las protestas: tanto por la ampliación multitudinaria de la movilización como por

la radicalización de la denuncia y el endurecimiento de las formas de lucha. En 2011, los indignados mexicanos ocupaban plazas y cuestionaban en abstracto el sistema, y el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) realizaba marchas y denunciaba en concreto los agravios producidos por la “Guerra contra el narco”. En 2012, el #YoSoy132 cuestionó el proceso electoral, denunció la manipulación mediática y la imposición del candidato del PRI a la Presidencia y se enfrentó a una despiadada represión cuando intentó subir el tono de la protesta. El movimiento por los 43 de Ayotzinapa adoptó formas de confrontación violentas en Guerrero, mientras en la Ciudad de México reprodujo y expandió el formato de las marchas masivas que ya habían marcado el paso del #YoSoy132. Al mismo tiempo, profundizó y radicalizó la crítica en clave anti-sistémica –que el #YoSoy132 había concentrado en los medios de comunicación, el proceso electoral y la candidatura de Peña Nieto– cuestionando al Estado mexicano en su totalidad, en tanto régimen autoritario solo revestido de una formalidad liberal-democrática. El lema-denuncia “Fue el Estado”, que retumbó en las calles y las plazas de todo México, apuntaba a la cúspide y al conjunto institucional, partidario y mediático del orden político, sin las distinciones y los matices que habían aparecido en los movimientos anteriores.

Al margen de la evaluación de si el parteaguas electoral de 2018 le hiciera justicia a las causas y al esfuerzo de estos movimientos, es un hecho que, en su momento, no lograron obtener lo que demandaban: ni los indignados ni las víctimas agrupadas en el MPJD obtuvieron el cambio de las políticas públicas respecto de la delincuencia organizada; ni el Yo132 en relación a la libertad de voto, la imposición de Peña Nieto y el fin del oligopolio mediático; ni el de Ayotzinapa la re-aparición con o sin vida de los 43 estudiantes, conocer la verdad sobre lo que realmente ocurrió aquella noche trágica y la caída de Peña y de los responsables del desvío de las investigaciones.

Sin embargo, la historia de los vencidos no es solo la de sus derrotas o de sus eventuales victorias diferidas e inevitablemente distorsionadas, sino la historia de sus luchas, por el valor de la lucha en sí misma. Y toda lucha remite a sus protagonistas, a las personas que ponen -como se dice- el cuerpo pero también el alma, es decir sentimientos, inteligencia y creatividad. Por ello, la huella y el saldo de estos movimientos que sacudieron pero no cambiaron radicalmente los equilibrios políticos pueden encontrarse, menos inmediatos y tangibles pero más duraderos y de fondo, en la gestación de una generación, en su experiencia de politización y sus huellas andadas y por andar.

Una generación que no marchó sola pero logró alzar una voz tan sonora que estremeció el país y, por su ímpetu, supo ponerse a la cabeza de un ciclo de luchas populares, entre las cuales, en medio de la transversalidad ciudadana, destacaban por lo demás las víctimas de la violencia estatal, paraestatal y delincencial así como diversas expresiones, más o menos organizadas, de las clases subalternas mexicanas. Una generación que supo ser más que un grupo etario, un dato estadístico o sociológico, sino una franja de la juventud que logró configurarse y perfilarse subjetivamente a través de una serie de formas de agregación y manifestarse históricamente, en tanto su irrupción logró “hacer época”, a pesar del sabor a derrota que dejó en la boca de muchos de sus protagonistas.

Capítulo 1.

Las estaciones del #yosoy132

La primavera del despertar estudiantil

La campaña presidencial del longevo partido autoritario –el Revolucionario Institucional– iba viento en popa. Arriba en las encuestas, su joven, apuesto y fotogénico candidato, a pesar de su déficit de brillantez y de carisma, parecía darle nueva vida a un partido manchado de crímenes, corrupción y neoliberalismo. Con su sonrisa de comercial, el 11 de mayo de 2012, Enrique Peña Nieto –cobijado por el duopolio televisivo de Televisa y Tv Azteca– se presentó a la Universidad Iberoamericana (UIA) a un encuentro con estudiantes. No sabía lo que desataría. Una parte de ellos lo esperaba con carteles que lo acusaban de ser el artífice de uno de los episodios represivos más graves y descarados de la historia reciente: el operativo policíaco-militar en San Salvador Atenco que dejó un saldo de más de doscientos detenidos, treinta casos de abusos sexuales contra mujeres y condenas de más de cien años de cárcel a líderes campesinos. Esto era lo que recordaban muchos universitarios de quien había sido

gobernador del Estado de México. Si bien estos muchachos no habían crecido en el antiguo régimen priísta y repudiaban los gobiernos panistas que le siguieron, Peña Nieto encarnaba la posibilidad de un retroceso, de la consagración de una alternancia regresiva. Ese peligro –ahora sabemos- no solo alarmaba a los universitarios de las clases acomodadas de la “Ibero”, sino a toda una generación. Y ese repudio juvenil se convertiría repentinamente en movimiento.

En el foro universitario el candidato reivindicó sin empacho la represión en Atenco como una decisión personal, lo que suscitó la indignación de decenas de estudiantes, que lo obligaron a retirarse de forma atropellada. La noticia de que el candidato había salido de la universidad entre gritos, bullas y hasta un zapatazo se había regado como pólvora en las redes sociales, especialmente a través de *twitter*. Los estudiantes de la Ibero no sabían que con esa acción se habían ganado la simpatía de miles: sin planificarlo, habían puesto al desnudo, detrás del traje a la medida confeccionado por Televisa, el rostro autoritario del representante del anquilosado partido de Estado. Ante el malogrado acto de campaña y el escándalo público que suscitó, tanto Peña Nieto como el presidente del PRI insinuaron ante los medios que la protesta no era espontánea y que sus protagonistas no eran

estudiantes sino infiltrados. Los estudiantes respondieron inmediatamente a través de un video casero, colocado en la plataforma *Youtube*, en los cuales 131 entre los que participaron en las protestas mostraban sus credenciales universitarias y criticaban a los medios de comunicación por su “dudosa neutralidad” y por no informar sobre su protesta en la Universidad.

Este video, que tuvo un éxito descomunal en las redes sociales, fue la chispa que prendió la mecha del movimiento. A través de las redes sociales se desató una oleada de simpatía que se volvió tendencia mundial (*trending topic*). El video pensado como respuesta ante el agravio de la difamación se convirtió en un acto de autoafirmación, dignidad y disidencia. Miles se sintieron identificados con esa orgullosa y valiente reivindicación y se sumaron a esa identidad fortuita con las etiquetas (hashtags): #yotambiénsoy131, #somosmásde131 y finalmente #YoSoy132. Se creó así, espontáneamente, una identificación que agrupó a quien repudiaba a la imposición de Peña Nieto que se anunciaba detrás del simulacro electoral. Una convergencia abierta, difusa, individual pero que logrará sumar a miles: cualquiera puede ser el 132, todos somos el 132.

Pablo, Asamblea de la Universidad Iberoamericana

A través de Facebook, un grupo de estudiantes, unos pocos cientos, se encontraron y organizaron para discutir y prepararse para las visitas que harían a la Ibero los cuatro candidatos presidenciales principales. La mayor parte de estxs jóvenes vivían su primer proceso electoral presidencial. El grupo en redes sociales, convocado a través de sus amigxs, no tenía un perfil partidista o de apoyo a una candidatura en específico.

A través de este grupo hubo quienes compartieron la caricatura con la silueta de Carlos Salinas de Gortari con el característico copete de EPN. Varixs, de manera descentralizada, decidieron imprimirla por decenas. Otrxs compartieron información sobre la gestión de EPN como gobernador en el Estado de México y su papel represor en Atenco. También se compartieron propuestas de preguntas críticas para el momento en que lxs estudiantxs pudieran interpelar al candidato.

La llegada del candidato a la universidad también movilizó a lxs estudiantes que le apoyaban. Estos, con una disciplina muy al estilo del PRI, llegaron temprano y acapararon las primeras filas del auditorio, además portaban pancartas idénticas e impresas en un estilo y calidad que mostraban coordinación y recursos suficientes. El equipo político y de seguridad del candidato comenzó a hostigar a lxs estudiantxs que mostraban su

rechazo al mencionado candidato: buscaron la manera de impedir que la prensa registrara los rechazos; algunos arrebataron las cartulinas y hojas de cuaderno de aquellxs que protestaban; corría el rumor que dentro del auditorio estaban ofreciendo dinero para evitar preguntas críticas. Algunxs políticos profesionales del equipo del candidato daban indicaciones a sus fotógrafos para que se acercaran y tomaran fotografías directas a los rostros de los estudiantes disidentes. En fin, el PRI se comportó como hace el PRI.

Dentro del auditorio habría unas 400 personas y afuera, probablemente, el doble. De unx a unx, poco a poco, algunxs estudiantes fueron mostrando las caricaturas de CSG con copete al estilo EPN; otrxs se habían pintado rostro, cuerpo y manos con pintura roja denunciando las violencias contra movimientos sociales y mujeres; otrxs, con playeras que decían “Mi cuerpo no es campo de batalla; Atenco no se olvida” repartían hojitas mal cortadas con información sobre lo sucedido en Atenco y la responsabilidad de EPN en el caso. Alguien más había vertido colorante rojo en la fuente de uno de los jardines de la Universidad.

Finalmente llegó el candidato. Entre gritos de “Fuera, fuera”, “Justicia por las mujeres de Atenco”, “Asesino” y abucheos, recorrió el campus desde el estacionamiento al auditorio. Las emociones estaban ya a flor de piel. Adentro del auditorio, un estudiante se levantó, dio la espalda al estrado desde el que hablaría el candidato,

levantó un fólder en el que había garabateado un “Te odio” y permaneció así, dando la espalda, todo lo largo del evento. Alguien más levantaba alguna cartulina cuestionando al candidato por la violencia estatal y política ejercida en Atenco. En tiempo real, a través de redes sociales, se amplificaba la tensión entre un #IberoconEPN y #IberoNoTeQuiere. El candidato habló y al final, ya de pie, avanzando hacia la salida trasera del auditorio, y ante el grito de alguien exigiendo justicia hacia Atenco, regresó, tomó el micrófono y, molesto, dijo: “Fue una decisión que asumo personalmente para restablecer el orden y la paz, lo hice en el uso legítimo de la fuerza que corresponde al Estado”.

El equipo de seguridad del candidato, con tremenda desorganización y pismo, lo trasladó de un lado al otro de la universidad. Lxs cientos de personas que estaban afuera del auditorio se abalanzaron a seguirles. “Fuera, fuera”, “Ibero no te quiere”, “Asesino”.

Y hasta ahí pudo haber quedado todo como una anécdota más. Pero el PRI es el PRI. Los voceros del partido y del equipo del candidato insultaron, descalificaron y criminalizaron a lxs estudiantes que protestaron. Los medios de comunicación hegemónicos buscaron controlar el mensaje y los daños.

Pero, la indignación e inteligencia colectiva de cientxs de studentxs rompía el cerco en redes sociales. Unxs

pocxs lanzan entre sus grupos de amigxs de la propia universidad la convocatoria a grabar un video respondiendo a las calumnias de las vocerías del PRI. 131 jóvenes, credencial universitaria en mano, rostro descubierto, manifiestan “Somos estudiantes de la Ibero, no acarreados, no porros, y nadie nos entrenó para nada” y dicen su nombre y carrera.

Con el video también se viralizó la dignidad de un grupo de jóvenes que decidieron dar la cara. Nadie imaginó lo que vendría después.

Los siguientes pasos de los 131 fueron decisivos para la rápida y efervescente activación de la protesta juvenil en las calles. La sorpresa de que los hijos de las clases acomodadas estuvieran protestando hacía más novedoso y atractivo lo que había sucedido. Los estudiantes, sin saberlo, habían lanzado fuego a la hierba seca. Una ola expansiva no solo virtual sino de acción colectiva se había iniciado. No podían saber que el repudio a Peña, provocado por la situación de emergencia que vivía el país así como el rechazo al posible regreso del partido autoritario, era tan extendido.

El movimiento fue montando como espuma después de la protesta del 11 de mayo. A la convocatoria el 18 de ese mismo mes, afuera de Televisa –la emisora televisiva cuasi oficial del viejo régimen– asistieron, además de los “chavos

Ibero”, estudiantes de otras universidades privadas (Anáhuac, La Salle, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y en especial del Instituto Tecnológico Autónomo de México). Al mismo tiempo, una anónima convocatoria se viralizó en redes sociales llamando a realizar protestas “anti-Peña” el 19, lo cual se tradujo en actos de repudio en más de veinte estados del país. En la Ciudad de México asistieron cerca de 50 mil manifestantes. Ese fenómeno popular marcaría el curso del movimiento #YoSoy132.

En la movilización del 23 de mayo que partió de la “Estela de Luz”, el monumento sobre Avenida Reforma, los jóvenes de los centros educativos privados de la Iberoamericana y del ITAM –sin experiencia activista previa– quedaron atónitos ante la respuesta a su llamado por parte de unos 20 mil jóvenes. Acudieron a la convocatoria estudiantes de las universidades públicas: en particular de la UNAM, UAM y el IPN, los centros educativos de donde habían salido los movimientos universitarios más importantes –y radicales– de los últimos cincuenta años.

En la marcha todo fue algarabía, sonrisas y energía de protesta juvenil. Desde el año 2000, cuando miles se manifestaron por la libertad de los presos de la huelga universitaria en la UNAM, los jóvenes no habían formado una protesta tan

masiva como ese 23 de mayo. Los estudiantes –aglutinados en una embrionaria coordinadora– centraron el primer manifiesto del #YoSoy132 en la demanda de democratización de los medios y cerraron su breve discurso exigiendo “una democracia auténtica”. Marchas de protesta fueron replicadas en catorce estados del país, mostrando el carácter nacional del naciente movimiento.

Esa emblemática movilización fue el bautizo de una generación que alzó la voz y tomó las calles para denunciar un régimen autoritario y tratar de democratizar el país. La Estela de Luz fue el destellante inicio de un movimiento que sacudiría la conciencia nacional y haría tambalear los mecanismos de reproducción del sistema político.

Alina, Asamblea de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Empezamos a repartir volantes y pegar carteles por el campus universitario, estudiantes de otras facultades comenzaron a sumarse a la marcha anti Peña y así fue que decidimos ampliar la convocatoria para salir a marchar el 19 de mayo como contingente universitario.

Aquel día, cerca de mil estudiantes llegaron a marchar, atravesamos el campus hasta Rectoría, esperamos unos minutos en ese lugar y marchamos al Metro Copilco

para llegar al Ángel de la Independencia. Tremenda emoción marchar, gritar, llenar los vagones del metro, tomar las calles.

Del 19 de mayo en adelante, la organización fue creciendo poco a poco, de ser cientos, pasamos a ser miles, de un núcleo organizador de veinte personas, pasamos a asambleas interuniversitarias con cientos de voceros y voceras de todo el país.

No omitiré el shock que fue que me invitaran a una “primera reunión organizativa” aquel 19 de mayo al finalizar la “marcha anti-EPN;” sólo por sostener un megáfono, definitivamente las y los compañeros de las escuelas privadas en donde se gestaría gran parte del #Yosoy132, encontraron en el megáfono de aquel día, un sinónimo de “dirigencia”. Insisto, las coincidencias, una tras otra, me pusieron en el #Yosoy132, un día marchando, al otro pegando carteles, “volanteando” en los vagones del metro, otras discutiendo como vocera de la Facultad de “Polakas” y otras tantas, sólo conociéndonos, jóvenes de todo el país reunidas y reunidos para construir, ¿qué? No sé si en ese momento lo sabíamos.

Al calor de un verano de lucha

Un joven de tez morena y voz muy grave, que tomaba uno de los extremos de una enorme manta, ataviado con su bata de laboratorio, gritaba lleno de energía agitando al contingente de su escuela: ¡YO! ¡SOY! ¡132! ¡YO! ¡SOY! ¡132! Un centenar de jóvenes detrás de él coreaban lo que se había convertido una consigna entre quizá unos 100 mil estudiantes que marchaban el 10 de junio, fecha en que se conmemoraba la matanza de estudiantes de 1971 a manos de la “dictadura perfecta” del viejo PRI. La movilización se confundía una vez más con la convocatoria anónima para protestar contra Peña. Ambos llamados se fundían en una protesta multitudinaria.

En la movilización no solo había carteles o mantas con el emblema #Yosoy132, también *stickers*, camisetas, gorras y aún más, muchos jóvenes pintaban su propio torso o sus mejillas con el *hashtag* que los reconocía a todos. El 132, como ya se les conocía, se había convertido en un fenómeno político, mediático e identitario. Había explotado una forma de acción colectiva descentralizada, de tintes carnavalescos, llena de creatividad digital.

La primavera de los estudiantes movilizados siguió en el verano y se calentó. Después de la

marcha del 23 de mayo, se formaron asambleas de numerosas escuelas, facultades y universidades que convergían en la multitudinaria asamblea en las llamadas “islas” de Ciudad Universitaria el 30 de mayo. El encuentro, donde participaron alrededor de 5 mil estudiantes de prácticamente todas las universidades del área metropolitana –e incluso con una mesa internacional–, adquirió un tinte fundacional y apoteósico al culminar el proceso de gestación del movimiento. Las quince mesas de trabajo temáticas demostraron una enorme capacidad organizativa y la intensidad y diversidad de las intervenciones estudiantiles tuvieron un tono electrizante. En particular en la plenaria donde se presentaron las relatorías de todas las mesas o en la catarsis generada por la lectura del texto de la mesa “memoria histórica”:

México, tus hijos te estamos diciendo esto, somos herederos de los fraudes electorales del 88, del 2006, de las crisis económicas del 82, 94 y 2008; somos herederos del levantamiento armado del zapatismo y de las luchas por la autonomía de los pueblos indios. Somos herederos de las masacres de Aguas Blancas, Acteal, el Bosque y el Charco y los impunes feminicidios de Ciudad Juárez y el Estado de México. Hemos de alzar nuestra voz en este momento y decir sí, somos herederos de las represiones en Atenco, Oaxaca

y Ayotzinapa. El movimiento #YoSoy132 somos nosotros; somos la demostración de la rabia e indignación de los niños muertos en la guardería ABC, somos Wirikuta, somos Cherán, somos Copala, somos los Rarámuris muertos, somos la indignación ante 90 mil muertos. Toda esa historia hoy la reivindicamos y la revivimos en el vendaval de este movimiento. Hoy decidimos y decimos ser 132, no olvidamos y gritaremos desde nuestra conciencia hoy y siempre somos 132.

Los estudiantes, entusiasmados, clamaron justicia al unísono una y otra vez por varios minutos. En efecto, el 132 representaba una generación que vivió su adolescencia y juventud temprana en medio de una profunda crisis nacional marcada por la generalización de la violencia y la impunidad, de las violaciones a derechos humanos y de asesinatos en la llamada guerra contra el narcotráfico. Una generación que se indignó por los episodios represivos y el manejo sesgado de los medios de comunicación, que abandonó y boicoteó, buscando alternativas informativas en las redes sociales. Una generación que, en medio de la coyuntura electoral de ese año, sintió la urgencia de romper el silencio y salir a protestar para detener el rumbo catastrófico del país y a los abanderados de su continuidad y profundización: Enrique Peña Nieto y el PRI.

Es por ello que el tema más álgido de discusión en esta asamblea masiva fue el de la postura ante las elecciones. Un sector del movimiento proponía anular el voto, descartando cualquier acercamiento a los partidos políticos. Otro más proponía llamar al voto útil a favor de López Obrador –abanderado de la oposición progresista–, en aras de detener el regreso del PRI al poder, pero también haciendo evidente la simpatía de varios sectores de movimiento hacia el liderazgo obradorista. Una tercera propuesta logró consensar un acuerdo y evitar enconos y rupturas: promover el ejercicio del voto libre e informado. Otra temática central fue la demanda de democratizar los espacios de comunicación masiva no solo en aras de romper el oligopolio y fomentar una mayor competencia sino de promover la participación de instancias de la sociedad civil para generar una real pluralidad de posturas y voces.

Sergio, Asamblea de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

El primero de mayo de 2012, las islas estaban llenas de estudiantes discutiendo, platicando, sentados en el pasto, con las esperanzas puestas en poner en pie un movimiento estudiantil con un programa de lucha, con una estructura y de alcance nacional. Éramos miles en esa

magna asamblea: una asamblea de asambleas en la que una generación se conoció y siguió movilizada por lo menos cinco años después. Ese día también sentí mucha alegría porque un año antes viví el MPJD, que fue terriblemente liquidado por la represión (el asesinato de Pedro Leyva, de Trino de Cherán y Ostula, de Nepomuceno Moreno me habían golpeado mucho como a otros compañeros) y ver el movimiento #YoSoy132 me hizo pensar: allá vamos, por un nuevo round contra el Estado, pero allá vamos con más lecciones aprendidas, pero con la juventud de frente.

S

Sol, Acampada Revolución

Estábamos hartos indignadxs, claro que sí y ¿cómo no? Después de la gran asamblea en las Islas de Ciudad Universitaria, aquel 30 de mayo del 2012, era difícil quedarse impávidxs, teníamos que sacudirnos, movernos, hacer algo, inventarnos algo, reinventarnos... Habían pasado más de diez años desde que en las filas estudiantiles no se sembraban esas fuerzas.

Particularmente, dentro de las actividades de la Acampada Revolución #YoSoy132 se sumaron solidaridades y simpatías con la sociedad civil, a través de las Asambleas Populares, participaban en acciones, trabajos conjuntos, talleres, pláticas, proyecciones, manifestaciones diversas marchas con nosotrxs, crearon su propia ban-

dera, así como su propia agenda de trabajo, se adherían a nuestro pliego petitorio general, y al mismo tiempo iban construyendo o dando voz y manifestación a sus propias problemáticas, iban generando sus propias redes en las diferentes Delegaciones, propusieron sus propias consignas, mantas y porras.

Logramos tejer amistades, relaciones, y trabajos conjuntos con algunos movimientos sociales ya conformados, luchas socioambientales, y sindicatos tales como el MAES (Movimiento de Aspirantes Excluidos de la Educación Superior), el SME (Sindicato Mexicano de Electricistas), la CNTE, Atenco, Xochicuautla, Huexca, Temacapulín, Tila, entre otros. Íbamos juntxs en las calles, nos encontramos en congresos, convenciones, marchas, apoyamos en procesos de lucha, mesas de trabajo.

Durante el mes de junio, se vivió una oleada de formación de asambleas estudiantiles que convergieron en la llamada Asamblea General Interuniversitaria (AGI, que formalizó las propuestas emanadas de la mega-asamblea de las islas de la UNAM. Destacaron, además de las asambleas de las escuelas privadas, las facultades que históricamente habían tenido una notoria participación en otros movimientos estudiantiles: Ciencias, Filosofía y Letras y Ciencias Políticas y Sociales. También se hicieron visibles otras instancias de nuevo arraigo, como la asamblea de los estudiantes

de posgrado de la UNAM así como colectivos de otras universidades, como la UAM, UACM, UPN, COLMEX, entre muchas otras. Destacarán también la asamblea de “académicos” y la “Acampada Revolución”, un campamento masivo en el centro de la Ciudad de México a los pies del Monumento que conmemora la gesta revolucionaria de 1910. En su momento, llegaron a participar más de un centenar de asambleas locales en la AGI, casi la mitad de afuera de la Ciudad de México.

Las primeras sesiones plenarios de la AGI se realizaron de manera atropellada. Chocaron los estudiantes de las universidades privadas con algunos sectores de las universidades públicas. Los primeros, desconfiados de la radicalidad de los segundos, se consideraban además convocantes o fundadores del movimiento, recelosos ante la posibilidad de ser desplazados de la dirección de su creatura, el naciente #YoSoy132. Los segundos dudaban de las escuelas privadas y asumían su cercanía con posiciones liberales u obradoristas, mirando con disgusto su propio desplazamiento del protagonismo histórico que siempre habían ostentado las universidades públicas. Pero no solo se enfrentaron posiciones políticas, sino que afloraba un clivaje de clase que era evidente en la forma de vestir, en el léxico y hasta en los celulares o computadoras de los activistas de las universidades privadas. Del lado

de las universidades públicas no solo se percibían formas más plebeyas, sino que también aparecía una tradición de activismo radicalizado cuyas modalidades podrían asustar o intimidar a los jóvenes que vivían su primera experiencia de participación política y de acción colectiva. Y entre ambas expresiones, una brecha digital importante, que marcará la imagen del movimiento mismo.

Citlali, Movimiento de Aspirantes Excluidos de la Educación Superior (MAES)

Toda mi emoción por participar en el movimiento se topó con un muro impresionante de prejuicios que hacían evidente la colisión de dos mundos y concepciones políticas. Por un lado la que representaban las organizaciones estudiantiles y universitarias, que provenían de una tradición asamblearia y de construcción de acuerdos a través de los consensos. Por el otro lado, la perspectiva política de jóvenes universitarios de una formación académica diferente, de élite. Mientras en el activismo universitario discutíamos sobre horizontalidad, rotatividad y formas de participación democrática, lxs compañerxs de las universidades privadas priorizaban la incidencia en los discursos mediáticos. Mientras nosotrxs tomábamos apuntes con pluma y papel, aprendíamos a usar herramientas como whastapp, los chavos de las privadas usaban sus conocimientos so-

bre las herramientas tecnológicas para hacer materiales de propaganda política. Mientras en las universidades públicas se discutían procedimientos asamblearios y de representación, los estudiantes de la Coordinadora daban declaraciones públicas, elaboraban videos. Se pusieron en evidencia los recursos políticos diferentes con los que contábamos, pues ellxs lograron la referencialidad para sentar a los candidatos en un debate presidencial, mientras nosotrxs discutíamos si el movimiento era antineoliberal o antipeña.

A pesar de las escaramuzas verbales, las amenazas de expulsión y las votaciones en bloque, se fueron logrando los acuerdos que asentaban la estructura básica de coordinación interuniversitaria: voceros rotativos revocables, con mandato asambleario; autonomía de las asambleas locales para impulsar planes de acción propios; y Asamblea General Interuniversitaria como espacio de coordinación más que de dirección política. La descentralización liberó la creatividad de cada asamblea y durante el mes de junio se vivió un activismo febril en la ciudad y otras partes del país: concentraciones, foros, performances, festivales, entrevistas en medios de comunicación, intervenciones gráficas y en redes sociales que se realizaron mayoritariamente fuera de los centros educativos ya que muchos de ellos habían entrado en receso vacacional de verano.

El 18 de junio, una propuesta que emergió de la asamblea de la Universidad Iberoamericana –y que obtuvo el apoyo de las asambleas– logró capturar la atención de todo el país: cuestionando los rígidos formatos del árbitro electoral, el Instituto Federal Electoral (IFE), el 132 organizó de forma independiente un debate entre los candidatos a la Presidencia de la República. Al inédito “Debate Yo Soy 132” asistieron todos los candidatos a excepción de Peña Nieto y se transmitió por *Youtube*. El movimiento se volvió el centro de la atención nacional por la forma novedosa, fresca, crítica y anti-conformista de su intervención política alrededor de las elecciones.

La carrera contra el tiempo de cara a la inminente elección presidencial produjo una serie de movilizaciones. Los estudiantes convocaron, entre el 24 y 26 de junio, a una nueva “Marcha nacional informativa: no más PRI” frente a las instalaciones del Instituto Federal Electoral (IFE), exigiendo imparcialidad, transparencia y seguridad para los observadores electorales. Además, el #YoSoy132 anunció una convocatoria independiente para que los jóvenes del movimiento vigilaran la elección ante el temor de un fraude generalizado. Ambas iniciativas se dieron en el contexto de numerosas denuncias de la puesta en marcha de mecanismos fraudulentos para incidir en las elecciones. La más

escandalosa se evidenció el 29 de junio, cuando el Movimiento Progresista –que postulaba a Andrés Manuel López Obrador– denunció que el PRI había repartido, a través de los supermercados *Soriana*, 1,8 millones de tarjetas de prepago con 1000 pesos a cambio de votos.

Un sector del movimiento y sus asambleas más influyentes asumieron que la tarea central de los estudiantes era impedir el fraude y lo que ya desde entonces se identificaba como “imposición” de Peña Nieto. Otro sector miraba con preocupación que el 132 dirigiera toda su energía a la elección, sin constituir una plataforma o programa de lucha más allá de esta e insistía, en las discusiones asamblearias y en la AGI, en avanzar hacia un horizonte de transformación nacional. Esto se lograría, no sin dificultades, con la integración de un plan de lucha que se haría público la víspera del día de las elecciones.

El 30 de junio los estudiantes realizaron una manifestación nocturna llamada “En vela por la democracia”, de la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco al Zócalo, no sin antes pasar a protestar frente a la sede de Chapultepec de Televisa. A unas cuantas horas de que se abrieran las casillas para la elección, bajo una llovizna intensa, miles de estudiantes entraron en la plancha del zócalo, como un enorme río de luz de miles de velas encendidas y

acompañados de numerosos contingentes de organizaciones sociales, entre ellos los campesinos de San Salvador Atenco. Fue un momento conmovedor, que recordó el movimiento estudiantil de 1968. Esa noche, los oradores del #YoSoy132 definieron al movimiento como anti-neoliberal, político, social, apartidista, pacífico, autónomo, independiente y democrático. Caracterizaciones que habían suscitado numerosos debates asamblearios durante junio y que reaparecerán cuando una parte del movimiento consideró que su definición pacífica no correspondía ya a la situación poselectoral. El 132 hizo un llamado nacional a luchar que incluía seis puntos programáticos:

1. Democratización y transformación de los medios de comunicación, información y difusión. Consideramos que solo con la socialización de los medios de difusión y un modelo de medios públicos se alcanzará una verdadera apertura mediática y se garantizará el derecho a la información y a la libertad de expresión.
2. Cambio en el modelo educativo, científico y tecnológico. Buscaremos una educación verdaderamente laica, gratuita, científica, pluricultural, democrática, humanista, popular, crítica, reflexiva, de alto nivel académico y

garantizada por el Estado en todos los niveles como obligación constitucional.

3. Cambio del modelo económico neoliberal. La experiencia y la historia nos dan la certeza de que el mercado no es la panacea para la solución de los males sociales, y que el gobierno y la sociedad deben jugar un rol fundamental para resolver los problemas económicos que aquejan al país. Por eso lucharemos por una economía humana, justa, soberana, sustentable y de paz.
4. Cambio en el modelo de seguridad nacional. Para la restauración de la paz, es imperante el retiro de las fuerzas armadas de las funciones de seguridad pública, así como detener la criminalización, represión y hostigamiento de la protesta social y de la población en general. Exigimos el esclarecimiento de los asesinatos como el caso del luchador social Carlos Sinuhé Cuevas y nos pronunciamos por un alto a los feminicidios y crímenes de odio. Al mismo tiempo, reivindicamos los procesos autónomos de seguridad comunitaria y de organización contra los megaproyectos.
5. Transformación política y vinculación con movimientos sociales. Para fomentar y fortalecer la democracia participativa en la toma de decisiones, la construcción de políticas

públicas y el apoyo a los proyectos autónomos y autogestivos, proponemos el enriquecimiento y creación de asambleas distritales, municipales, comunales, locales y barriales. Todo esto, para la constitución de un poder popular y ciudadano que vigile a los órganos de gobierno e implemente desde la sociedad mecanismos para la solución de sus demandas (...).

6. Salud. Lucharemos por el pleno cumplimiento del derecho a la salud consagrado en el artículo 4º constitucional y en la observación general 14 del Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (DESC) de la ONU. Nos oponemos al esquema neoliberal de salud adoptado en las últimas décadas por el Estado mexicano y nos pronunciamos en favor de un enfoque multidimensional e interdisciplinario del sector de la salud.

Esa noche, cuando se disolvió el mitin en la plaza, en las calles aledañas y en el metro –lleno de estudiantes de regreso a sus casas– se escuchó un cántico muy sentido entre los jóvenes: AQUÍ SE VE, AQUÍ SE VE, QUE PEÑA NIETO PRESIDENTE NO VA A SER. Los transeúntes o los viajeros del metro miraban con simpatía a estos estudiantes y sonreían. Y es que el #YoSoy132 había despertado un sentimiento transgeneracional que pareció

quebrar por un momento la inercia del inevitable regreso al poder del PRI. Desde la legitimidad de su apartidismo y su espontaneidad, con un reconocimiento transversal que no habían logrado Obrador y su movimiento, el #YoSoy132 diagnosticó una enfermedad crónica de la democracia mexicana: el dominio de los medios de comunicación, coludidos con el poder político y, en particular, con los defensores del neoliberalismo y del autoritarismo partidocrático. Los jóvenes del 132 dieron muestra de su madurez política al señalar quiénes eran los verdaderos dueños del país, escudados con leyes hechas a la medida de sus intereses y empeñados en imponer un candidato que los representara y que velara por ellos. En este sentido, en un país donde buena parte de la ciudadanía se diluía en la televidencia, la receta que escribió el movimiento consistió en dejar de consumir televisión y políticos-basura para recuperar la capacidad soberana de decidir libremente. Una empresa nada sencilla, pero que dio resultados inmediatos por lo menos a nivel experiencial generacional. Los estudiantes aplicaron una inyección de adrenalina a las anestesiadas conciencias de muchos conciudadanos, despejaron el escenario político de las huecas propuestas que habían predominado a lo largo de la campaña para poner el dedo en el renglón de las injusticias y arbitrariedades, iluminaron la lógica y las reglas

de la dominación y pusieron en evidencia los poderes facticos que trataban y lograron reproducirse en las instituciones representativas y de gobierno.

Durante la primavera y el inicio del verano el movimiento estudiantil logró encausar el enorme descontento nacional y brillaron de manera esperanzadora. Por eso el #YoSoy132 se estrellaría en el resultado electoral del 1 de julio de 2012, cuando Peña Nieto resultaría ganador con el 38% de los votos.

Paula, Asamblea del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM)

En cada asamblea del 132, en cada marcha, en cada reunión, había una sensación de posibilidad. Sentíamos que contábamos con un tiempo limitado para operar por fuera de las reglas y las formas que se habían dictado antes. Aprovechamos cada noche para plantearnos como hacer las cosas distinto, tanto para romper con las narrativas del poder, como para canalizar toda esa indignación acumulada.

Al inicio había una efervescencia colectiva que no podía contenerse. Nos movía el coraje de tantos años de atropellos y decepciones, pero también la noción de que teníamos una fuerza que difícilmente podía ser ignorada. Se trataba de un momento histórico y lo sabíamos; por eso cada minuto lo vivíamos con tal intensidad. El

encuentro de tantas voces disímiles generó un mar de ideas que nos permitió ver más allá de los horizontes que muchas habíamos vislumbrado. Fue emocionante sabernos partícipes, herederos y continuidad de una historia de resistencia. Más aún, reconociendo a nuestro alrededor la mezcla de generaciones, trasfondos y experiencias organizativas. La diversidad del movimiento siempre fue su mayor virtud.

Más adelante, la emoción vino de los lazos que tejimos tras las discusiones de horas y las múltiples agresiones que afrontamos en las calles. El 132 se convirtió en un espacio para construir alianzas con quienes tenían una postura diferente e impulsar acuerdos con los cuales avanzar. Desde el movimiento pudimos concebirnos como un actor político y eso, nos permitió priorizar lo colectivo por encima de lo personal.

El verano otoñal

Un estudiante tomó el micrófono en la Asamblea General Interuniversitaria en un silencio irreal siendo que el auditorio estaba a reventar por los más de quinientos voceros y observadores. El joven estaba nervioso y su voz temblaba. Los asistentes

aplaudían agitando las manos a la manera de los sordomudos para alentar al orador. Así expresaban los jóvenes de #YoSoy132 su solidaridad, su empatía o consenso con quien estaba tomando la palabra.

Poco después, un grupo de estudiantes irrumpió en el auditorio y acusó a todas las asambleas por no acompañarlos en una acción de toma de casetas y “levantamiento de plumas” en carreteras. En medio de los gritos, unos les apoyan agitando sin palmar las manos mientras otros difieren con los brazos cruzados, formando una “X” simbolizando desacuerdo o repudio.

Después de este episodio, la AGI siguió sus labores y se presentó una avalancha de propuestas. Para no perder la memoria del movimiento, algunas asambleas propusieron crear un archivo gráfico, otras dijeron preferir un documental. Se sucedieron las iniciativas: un canal de televisión en internet; movilizaciones frente a embajadas; un Encuentro Nacional por la Educación; un boicot a Soriana –la empresa de las tarjetas del fraude–; la toma de la Bolsa de Valores; formar brigadas para ir a los barrios de la Ciudad de México; festivales de rock; encuentros con los pueblos originarios; lecturas masivas afuera de la sede nacional del Partido Revolucionario Institucional; toma de carreteras y paro nacional. Una y otra vez se agitaban

las manos o se entrecruzaban los brazos en una suerte de gimnasia asamblearia. Y la lista de oradores crecía en lugar de disminuir.

Los estudiantes de la mesa que conducían el debate se retorcían intentando descifrar lo que ocurría e imaginar cómo resolver el rompecabezas de las decenas de propuestas de tan distinto orden, dimensión, alcance y propósito. No solo era un problema de método, sino de fondo: no se lograba un consenso sobre el rumbo del movimiento.

Los problemas del todo y las partes, de lo central y lo secundario, de lo local y lo general, del presente y el futuro agobiaban al #Yosoy132 después de la elección del 1 de julio. Las propuestas orientadas hacia la coyuntura electoral así como las provenientes desde las asambleas y escuelas más destacadas orientaron la acción colectiva, logrando unificar aunque sea provisionalmente la diversidad antes de la elección. Pero después del 1 de julio aparecieron bifurcaciones ineludibles. No estaba claro cómo sostener una resistencia a la imposición de Peña Nieto debido a los más de 5 millones de votos de diferencia con los obtenidos por López Obrador. A la vez, siendo Peña Nieto el símbolo contra el cual surgió el movimiento, no era posible detener la protesta ante su inminente llegada a la silla presidencial. El movimiento se encontraba desorientado y con enormes dificultades

para vislumbrar un camino que hiciera converger y florecer de nuevo la energía social dispersa por su estructura descentrada y por la diversidad de posiciones políticas.

En los días inmediatos a la elección se difundieron los pronunciamientos del 132 que denunciaban las numerosas irregularidades detectadas (compra de votos, robo de boletas, violencia y agresiones, anomalías en el conteo, amenazas, acoso a observadores electorales y demás ilícitos). La comisión de vigilancia electoral del movimiento presentó posteriormente un informe en el cual documentaba más de mil irregularidades. El 2 de julio, el movimiento #YoSoy132 volvió a la Estela de luz con una marcha de alrededor de 20 mil personas hacia el Monumento a la Revolución y después hacia la sede del PRI, denunciando las prácticas fraudulentas. Al siguiente día, el 132 y otros ciudadanos organizados realizaron una “toma pacífica” de IFE. El 7 de julio se dio una gran marcha (alrededor de 100 mil asistentes) en contra de la imposición de Peña Nieto, pero –y esto fue una señal– por tercera ocasión autoconvocada en las redes sociales y no por el #YoSoy132. El movimiento antiPeña, que ya se había expresado en mayo y junio, no respondía necesariamente a las discusiones, asambleas y decisiones del movimiento juvenil, que había decidido realizar en esos días un Encuentro Nacional

Estudiantil en Huexca, Morelos, un pueblo en resistencia en contra de un proyecto de central termoeléctrica. El cónclave se realizó el 6, 7 y 8 de julio, buscando crear estructuras de representación y un programa de lucha de corte estudiantil. El #YoSoy132 discutía en Huexca mientras las calles en Ciudad de México explotaban de repudio.

Ante la insistencia de algunas asambleas de que el 132 se acercara a otros movimientos sociales, se acordó apoyar la convocatoria a la Convención Nacional contra la Imposición, propuesta por el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de San Salvador Atenco. Esta se realizó el 14 y 15 de julio con la asistencia de más de 250 organizaciones que consensuaron un plan de acción. Algunas asambleas y estudiantes del #YoSoy132 no lo asumieron como propio porque reflejaba el perfil más radical y menos innovador de las organizaciones de la izquierda social tradicional, de quien desconfiaban. Finalmente, los acuerdos de la convención –que incluían tomas, bloqueos y apertura de casetas– generaron una discusión al interior de las asambleas sobre el carácter pacífico del 132.

Si bien la división original entre universidades públicas y privadas se fue disolviendo a lo largo de las semanas, a partir de la Convención Nacional contra la Imposición, tomaron cada vez más fuerza liderazgos de otras asambleas y organizaciones

con un discurso más radical, provenientes de Universidades con estudiantes de estratos sociales más populares. La apertura del #YoSoy132 a admitir en la AGI a asambleas no estudiantiles favoreció la incorporación de sectores más beligerantes, que atizaban la confrontación y las acciones directas frente a la policía. Si bien hubo un cierre de filas en torno del carácter pacífico del movimiento de muchas asambleas que originalmente conducían la acción colectiva, lo cierto es que el llamado a tomar acciones “contundentes”, es decir, a la acción directa violenta, tuvo eco en un importante sector de los estudiantes, cansados de las acciones mediáticas elitistas y de las limitaciones de las acciones pacíficas ante el inminente arribo al poder de Peña Nieto y, en última instancia, a la falta de dirección política del movimiento.

Todas estas tensiones se expresaron en la definición de la primera acción emanada de los acuerdos de la Convención: “tomar” las instalaciones de Televisa.

Planificada para los días finales de julio, las asambleas llegaron polarizadas a una AGI previa a esa fecha. Algunas plantearon entrar a las instalaciones y transmitir una programación alternativa; otras, más conciliadoras, propusieron que con la toma se obligara a abrir debates en todos los noticieros donde #YoSoy132 fuera contraparte de los

locutores de la empresa; algunos más, precavidos ante una acción que pudiera detonar la represión contra el movimiento, propusieron no entrar a las instalaciones sino cercarlas. Esta última posición, después de un largo e intenso debate, logró unificar a todas las asambleas.

La noche lluviosa del 26 de julio, unos 10 mil manifestantes realizaron un enorme bloqueo humano –muy de cerca del propio cinturón policial instalado por las autoridades capitalinas– que mantendrían por 48 horas alrededor de las instalaciones de Televisa en Chapultepec. La acción, que apareció en las primeras planas de varios periódicos, regresó al #YoSoy132 al debate nacional. Ese mismo día se presentó un llamado al resto de movimientos sociales a unirse en torno a un proyecto de transformación del Estado mexicano. El texto, elaborado a numerosas manos y con la participación de una treintena de representantes asamblearios, denunciaba el poder económico empresarial, el autoritarismo del viejo régimen que perduraba y la manipulación de los medios de comunicación. El bloqueo pacífico a Televisa (la televisora de la mentira, como le llamaban) fue un éxito y el llamado explícito del #YoSoy132 a integrar la diversidad de luchas en un frente único pareció dar un salto hacia adelante en su propia maduración política. En su declaración, el

movimiento alertaba –de manera profética– sobre que, de permitirse la llegada al poder a Peña Nieto, se restauraría el viejo régimen con el regreso de la violencia de Estado, la represión, el autoritarismo, la corrupción generalizada, el encubrimiento, la opacidad en la toma de decisiones públicas y en general las prácticas antidemocráticas:

Ante este peligro, llamamos a la unión y organización de las fuerzas sociales en nuestro punto de acuerdo: la transformación del estado actual mexicano. Sabemos que los estudiantes no podemos solos y por ello, convocamos a todos los movimientos sociales, organizaciones civiles y políticas, así como al pueblo en general a sumarse al proyecto democrático de transformación social y reconstrucción nacional, a través de la participación activa (...) Pueblo de México: ¡Hoy tenemos mucho por hacer! Organizarnos será el primer paso. Desde nuestra causa, nuestra comunidad indígena, nuestra milpa, nuestra plaza, nuestra selva, nuestras creencias, invitamos a que se adhieran a nuestro manifiesto y acciones, que desde sus territorios, sus organismos e historias que esperamos hacer nuestras, podamos juntos entrar en contacto, podamos juntos entrar en confianza, luchar y transformar a este nuestro México.

Éramos silencio, éramos dolor, éramos opresión.

Quisieron arrebatárnoslo todo y lo único que perdimos fue el miedo.

Ya no seremos más una voz silenciada. Venimos aquí con nuestros cuerpos que gritan: ¡¡¡Ya basta!!!

A pesar de esa acción exitosa y el discurso contundente y certero, las acciones convocadas por el #YoSoy132 comenzaron a perder masividad en los siguientes meses. Pesaba el desánimo por el proceso electoral que se encarrillaba en la ratificación, en las diversas instancias legales, del triunfo de Peña Nieto. Por otro lado, era evidente el desgaste por la acumulación de contradicciones organizativas y políticas del movimiento. Algunos culpaban a la radicalización del plan de acción de la Convención. Otros, a las alargadas discusiones assemblearias. Algunos más pensaban que el modelo de planes de acción independientes entre sí emanados de cada asamblea no daba para más: una asamblea decidía realizar graffitis en las calles, al mismo tiempo que otra aprobaba ir a borrarlos. Algunos decidían permitir el libre paso de automovilistas, impidiendo el pago de las cuotas levantando las plumas en las casetas de cobro sin aprobación o consenso general y por tanto con una débil participación y con altos riesgos represivos. Aun más, mientras unos

levantaban esas plumas encapuchados, otros acudían (a veces, incluso a la misma hora, el mismo día) a un diálogo con sectores legislativos que impulsaban una reforma sobre la ley en los medios de comunicación. El resultado, más que una guerra de guerrillas de acciones pacíficas de protesta, era la pulverización del mensaje público, el cual, a todas luces, era contradictorio, tanto en sus reivindicaciones como en su táctica y en su forma de acción colectiva. En todos los casos, fuera la táctica que fuera, se mostraba debilidad y, más que polifonía, cacofonía. A ello había que añadir las tensiones provocadas por los señalamientos de que varias asambleas se habían desactivado y que, a pesar de ello, algunos voceros seguían hablando en nombre de ellas, o los cuestionamientos de que, mientras la mayoría de las asambleas habían rotado rigurosamente a sus voceros, algunas nunca lo habían hecho. Tensiones agravadas por el reclamo legítimo de las asambleas y núcleos del #YoSoy132 de muchas partes del país que cuestionaban el centralismo –y exceso de protagonismo– de las asambleas metropolitanas, así como el descuido del movimiento ante las precarias y represivas condiciones de movilización que se vivían fuera de la Ciudad de México.

En los hechos pesaba que las asambleas de las universidades privadas se habían lentamente

desactivado por ser las más pequeñas, aunque muchos de sus activistas se mantuvieron activos durante los siguientes meses. Influyó también que los sectores movilizados que estuvieron concentrados en las acciones alrededor de la vigilancia electoral se habían retirado del movimiento después de la elección. Finalmente, se desarticulaban muchas asambleas, permitiendo que aflorasen las diferencias políticas que estaban contenidas en aras de mantener la unidad de un movimiento masivo. La dispersión/descentralización/diversidad, que era la novedad y fortaleza del movimiento en su primera fase se convirtió en un nudo gordiano que cada día se apretaba más.

Aun así, la estructura interuniversitaria e interdisciplinaria permitió al #YoSoy132 realizar un “Contrainforme”: un documento hecho con la colaboración de más de un centenar de estudiantes especializados en diversas problemáticas del país que se presentó a la opinión pública como un diagnóstico alternativo de la situación que vive México, ante el último informe del presidente Felipe Calderón el 1 de septiembre. En él, se evaluaba la gestión del presidente como un “sexenio de mentiras, simulación y corrupción”. El informe se presentó a las afueras del Congreso de la Unión, un día después de realizar otra protesta más: “El Funeral por la democracia” una movilización que partió de Ciudad

Universitaria hacia el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación –que validó la elección en la cual Peña Nieto había resultado ganador.

Ese mismo mes, Andrés Manuel López Obrador anunció su separación de los partidos que lo postularon a la presidencia, en especial del PRD, que había contribuido a fundar en el ya lejano 1989 y que había dirigido años después, así como su intención de concentrarse en la construcción del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), que drenó rápidamente alma y fuerza de su antecesor. Esta decisión cerró el ciclo poselectoral de la oposición obradorista, orientando los esfuerzos hacia la organización partidaria y no hacia las denuncias y las protestas.

A finales del mes de septiembre se realizó la Segunda Convención Nacional contra la Imposición, con más de 1500 delegados y con la participación del 132. Se acordó, entre otras acciones, impulsar un paro nacional el 2 de octubre. Ese día, como es tradición, se movilizaron miles de estudiantes junto a otras organizaciones sociales que conmemoraban la terrible masacre de Tlatelolco, en 1968. Se realizó, de manera simultánea, un paro de actividades en más de treinta centros educativos y fueron numerosos los contingentes que reivindicaban al #YoSoy132 entre los movilizados.

Paula, Asamblea del ITAM

Uno de los momentos más emotivos para mí durante el ciclo de movilización del 132 ocurrió el 2 de octubre de 2012. Durante semanas, integrantes del 132 entablamos conversaciones con quienes organizaban la marcha y participamos en asambleas para definir nuestra participación como movimiento. Una compañera me propuso para dar el discurso durante el acto político en el Zócalo y la asamblea estuvo de acuerdo. Aquel día se percibía la indignación en el aire desde que salimos de la Plaza de las 3 Culturas. Los contingentes llenos de banderas saturaban las avenidas, retumbaban en los túneles las consignas y los tambores.

Unas horas después se llenó la plaza del Zócalo. La gente se arremolinaba alrededor del templete y no paraban las consignas y los cantos. Subimos varias personas al templete. Se perfilaba el atardecer y aún seguía entrando gente al Zócalo. Para quienes estaban delante era evidente que estábamos presentes dos generaciones de militantes. Para iniciar el acto tomaron la palabra diferentes compañeros del Comité 68. Fue particularmente emotivo el momento en que éstos hicieron referencia a YoSoy132 y señalaron que había un hilo de continuidad con el movimiento del 68.

Después tomé el micrófono para hablar a nombre del 132. Cuando bajé del templete un señor se acercó a mí.

Me entregó un cartel en el que se leía “Yo soy del 68, ahora mi esperanza está en ustedes que son del 132”.

Durante el resto de octubre y noviembre las pocas acciones del movimiento ya no emanaban de las asambleas del movimientos sino de la estructura metropolitana de comisiones y mesas temáticas que formaban una red informal de los activistas más comprometidos que seguían insistiendo en mantener vivo al #YoSoy132. Es el caso del #YoSoy132 Internacional que respondió el 13 de octubre al llamado de un cacerolazo global convocado por *Occupy Wall Street* y el 15M; o los foros organizados por algunos grupos de las mesas de trabajo –formadas desde mayo– así como las acciones que impulsaron núcleos del 132 en diversos lugares del país.

Un día de invierno en San Lázaro

El 23 de noviembre, la Convención Nacional contra la Imposición (CNI) y el 132 anunciaron que realizarían un cerco pacífico en San Lázaro, es decir, alrededor del recinto legislativo donde tomaría posesión el 1 de diciembre el presidente electo

Enrique Peña Nieto. Dicho acuerdo fue impulsado además por organizaciones como la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación o la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata, añejos movimientos opositores del régimen priista.

Quizá ese anuncio activó las alarmas de la seguridad nacional del Estado mexicano. En los siguientes días, San Lázaro fue rodeado completamente por un cerco coordinado por el Estado Mayor Presidencial, formado por una valla antimotines de varios kilómetros, anunciando lo que sucedería: las fuerzas del orden se preparaban para un día intenso de protestas. A pesar de que el acuerdo de la CNI-#YoSoy132 era realizar un cerco pacífico, la división del debilitado movimiento para aquel momento era ya muy profunda. Un pequeñísimo núcleo de asambleas poco concurridas aprobó apenas unas horas antes del 1 de diciembre la acción directa confrontativa ante los cuerpos policiacos. Algunas más, de hecho, la estuvieron preparando desde varios días antes. Aunque aquí y allá algunos activistas del sector declarado pacífico trataron de disuadirles, perdieron, donde las hubo, las votaciones. Así fue que un pequeño pero beligerante sector del #YoSoy132 se preparó desde muy temprano para la confrontación. Otros cientos de integrantes del movimiento acudieron a la protesta sin saber lo que ese sector había decidido, ni mucho menos

lo que las fuerzas del orden habían preparado para responderles. Miles de ciudadanos más acudieron a lo que se convirtió en una trampa y, durante horas, en un campo de batalla.

Adentro del recinto legislativo, Enrique Peña Nieto, sonriente y triunfante, extendía los brazos para ser fotografiado con la banda presidencial en el pecho, recibiendo un estruendoso torrente de aplausos de los parlamentarios de su partido, como en los viejos tiempos. Afuera, las calles ardían por las bombas molotov y el aire era irrespirable por los gases lacrimógenos.

El bloque juvenil, que se había preparado y pertrechado para la confrontación, no era conformado por más que unos cientos de individuos ataviados de negro y con cascos. Atacó a la policía con petardos, tubos, piedras, molotov e incluso un camión de basura usado como ariete. Las policías respondieron con gas lacrimógeno, pimienta, piedras y balas de goma. Un manifestante cayó herido por un proyectil policial que finalmente terminaría con su vida meses más tarde. Los enfrentamientos duraron más de siete horas. El operativo oficial desató una oleada de detenciones arbitrarias y brutalidad policiaca en todo el centro de la ciudad. Se encarceló arbitrariamente a manifestantes y transeúntes, golpeando salvajemente y torturando algunos de ellos. En la tarde había más de cien

detenidos y cerca de la mitad de ellos se identificó diciendo “Yo Soy 132”. El regreso del viejo partido autoritario había dado una muestra de su poder y de lo que se avecinaba.

Los pequeños contingentes pacíficos del #YoSoy132 quedaron atrapados en la refriega. Ayudaron a los cientos de heridos, replegando a los manifestantes, documentando las violaciones a los derechos humanos, sin importar escuelas o posición política cerraron filas ante la represión y durante horas se comunicaron frenéticamente a través de sus teléfonos móviles:

- Cuidado en la retaguardia, los federales nos tienen rodeados.
- Banda, avancen un poco porque arriba nos están apuntando los uniformados.
- ¡Esperen! ¡Deténganse! No podemos avanzar, no se puede ni respirar.
- ¿Qué hacemos? No podemos regresar, el paso está cerrado.
- ¡No mames! Ahora están aventando los gases de este lado... Le va a pegar algo de lo que está volando, ¡Que alguien le cuide la espalda!
- Avancemos, hay que llegar al Zócalo, ahí nos esperan las organizaciones sociales.
- No se puede. Una granada de gas lacrimógeno le pegó a un compa.

- Yo lo vi... se ve muy mal, no lo va a lograr.
- ¿Cómo vamos a pasar un contingente de miles en medio de gases lacrimógenos en un carril rodeados por policía federal? Es una provocación.
- De frente no se puede pasar, los profes de la CNTE están dentro del metro, tenemos que retroceder. ¡No podemos pasar!
- Ni modo, solo hay una salida, hay que salir de aquí pronto.
- ¿Ahora por dónde? Estamos totalmente rodeados. ¡No hay paso por ningún lado!
- ¡Ya se replegaron! Avancen pronto, nadie se detenga, no caigan en provocaciones.
- Vamos por Fray Servando hasta el eje central, las organizaciones sociales nos esperan en el Caballito.
- No podemos tomar eje central, hay enfrentamientos, están quemando un camión de granaderos en Bellas Artes.
- Compañeros, es imposible avanzar por eje central, hay un enfrentamiento con policías más adelante, las organizaciones sociales nos están esperando en el Caballito para hacer un Mitin. Vamos con ellos.
- Dicen los de Atenco que ya no aguantan en el Caballito, el enfrentamiento de Bellas Artes se está extendiendo. ¿En cuánto tiempo llegamos?

- En el Caballito ya no están los de Atenco ni la CNTE, ya hay enfrentamiento. Están agarrando a todo el mundo.
- Vamos al Monumento a la Revolución, necesitamos un lugar donde descansar, no podemos seguir caminando así, ¡llevamos horas!
- Acaban de detener a la comisión de seguridad que estaba en el Monumento a la Revolución. Están deteniendo a todo el mundo. No tenemos a donde ir
- Compañeros, hay enfrentamientos en este momento en el Zócalo, en Bellas Artes, sobre toda Avenida Juárez, en el Caballito, ya desalojaron a la Acampada, también ahí hay enfrentamientos y un contingente de granaderos viene para acá por reforma, están deteniendo a todo mundo. Los compas de las organizaciones sociales ya se tuvieron que ir. La única salida es regresar al metro Balderas y dar por concluida la movilización del día de hoy para que todos vayamos a nuestras casas.
- Yo ya no voy al Metro, hay que ir a ver qué pedo en el Monumento y con los detenidos.
- Nos vemos en Coyoacán a las 7. Que cada quién le avise a los que pueda.
- Compañeros, acá damos por terminada la movilización, les pedimos que todos entren al

metro y se vayan a sus casas, necesitamos saber cuántos detenidos y lesionados tenemos.

Los activistas del #YoSoy132 desde esa noche se enfilaron en la defensa de los detenidos, quienes salieron libres casi al final de ese 2012. Aunque se realizó todavía una asamblea del movimiento en enero, la mayoría no acudió. Muchos pensaron que, al concluir las semanas de protestas por la libertad de los detenidos y al poner el pie fuera del reclusorio el último preso, había terminado el movimiento del #YoSoy132.

Parecía, en aquel momento, una amarga derrota. Sin embargo, una imagen representaba ese momento dramático de forma más combativa. El 1 de diciembre, una veintena de estudiantes, con rostros afligidos pero dignos, atrapados en medio de los enfrentamientos y ataviados algunos con camisetitas del emblemático #YoSoy132, sostenían una manta con una consigna clarividente que invertía los términos de la situación: *Hoy no empieza un gobierno, hoy ha comenzado la resistencia.*

Joel, Asamblea de Posgrados, UNAM

Varios contingentes del movimiento Yo Soy 132 acordamos reunirnos a las 7.30 de la mañana en las afueras del metro Moctezuma para manifestarnos de manera

pacífica en contra del regreso del PRI y la restauración del autoritarismo. Poco a poco fue llegando la gente y después de esperar algún tiempo decidimos salir rumbo al Congreso. Los rumores eran muchos, sabíamos que la policía ya había empezado a reprimir en otros puntos pero de todas formas decidimos manifestarnos.

Al llegar al Congreso nos percatamos de una presencia intimidante y completamente desproporcionada de la Policía Federal. Alrededor del Congreso se encontraba una valla con miles de policías bien armados. Sobre un puente peatonal cientos de policías nos miraban y nos amenazaban.

Después de avanzar algunos metros tuvimos que detenernos porque entre nosotros y otro grupo de manifestantes la policía lanzaba gases lacrimógenos y se escuchaban detonaciones. En nuestro contingente decidimos mantener la calma y esperar a que las cosas se tranquilizaran. La situación era muy tensa, de repente nos dimos cuenta de que por atrás de nosotros la policía avanzaba y nos tendía un cerco. Durante varios minutos nos encontramos prácticamente encapsulados, de un lado las vallas y la policía, del otro las calles cerradas, delante los enfrentamientos y los gases lacrimógenos y por la parte de atrás la policía cerrándonos el paso.

Nos dimos cuenta de que, atrás de las vallas, mezclados con la policía se encontraban grupos de personas,

con aspecto fornido, vestidas de civil y con un guante negro en la mano. Grupos de choque que empeoraban la situación.

En ese momento empezaron a correr rumores sobre los heridos en otros puntos e incluso de algunos muertos. Nuestra rabia e impotencia eran muy grandes, otra vez el PRI reprimiendo y golpeando a los manifestantes. Aún en ese clima decidimos continuar con nuestro acto político. En medio de los gases leímos nuestro pronunciamiento y le gritamos al poder, que nosotros somos diferentes, que somos pacíficos y vamos por una transformación del país. Que precisamente luchamos en contra del autoritarismo que el PRI y toda la clase política pretenden instaurar en nuestro país.

En esos momentos Peña Nieto tomaba protesta. Enfrente de nosotros los gases eran cada vez más asfixiantes. Por eso a pesar de la rabia y la impotencia, decidimos retirarnos y marchar con rumbo al Zócalo. Sin embargo, ya de camino nos dimos cuenta de que la represión y el terror se extendían por toda la ciudad. Una y otra vez la policía federal, el Estado mayor presidencial y la policía del GDF establecían cercos y nos obligaba a dar rodeos. Finalmente logramos salir y después de una gran vuelta llegamos a la avenida Tlalpan.

Mucho antes de llegar al Zócalo nos enteramos de que en el Zócalo la policía reprimía a otros manifestantes

y decidimos trasladarnos al Caballito en donde otras organizaciones estaban concentradas. No pudimos ir por Reforma porque también nos dijeron que ahí se registraban enfrentamientos. Poco antes de llegar al Caballito de igual forma nos enteramos de que las organizaciones se habían retirado y que la presencia de la policía era intimidante. Durante unos minutos, que se nos hicieron eternos, tuvimos que detener al contingente. Los rumores eran muchos, se vivía un ambiente de terror. ¿A dónde ir? Al Monumento a la Revolución propusieron algunos, ¡No! Ahí también la presencia de la policía era avasalladora. Al final decidimos marchar al metro Balderas y terminar el acto sin realizar el mitin, la prioridad era salir de ahí sanos y salvos. Con la impotencia y la rabia corriendo por nuestras venas, nos marchamos y por fin nos pusimos a salvo. Un día de terror, un día negro que quedará registrado en la historia de México.

S

Sergio, Filosofía y Letras, UNAM

Otro recuerdo fue la lucha por la liberación de los presos políticos del movimiento. Como es muy conocido, el 1 de diciembre la policía de la Ciudad de México reprimió la movilización del movimiento a San Lázaro. Ese día, decenas de jóvenes fueron detenidos de forma arbitraria (el artículo del Código Penal de la CDMX 362 se apli-

có por el supuesto delito de ataques a la paz pública). En la noche de ese mismo día, en medio de que se sabía que había más órdenes de aprehensión contra otros estudiantes, un grupo de valerosos jóvenes nos reunimos en Coyoacán y deliberamos en asamblea convocar a la protesta por la liberación de los presos: la confusión reinaba. El día de la marcha al llegar al Zócalo improvisamos un muy fuerte mitin, muy claro: denunciando la represión y exigiendo la liberación de todos los estudiantes presos. Pero no teníamos sonido. Recuerdo que yo junto a mi amigo Javier logramos obtener un sonido para el mitin de formas poco ortodoxas: pero lo conseguimos luego de una diatriba sobre Walter Benjamin y la redención. Cinco meses después me tocó estar detenido en la protesta del 10 de junio: en las galeras pasé dos días esperando mi audiencia, acusado también por ataques a la paz pública.

Capítulo 2. Ayotzinapa, nos faltan 43

Historial de agravios

Los temores del #YoSoy132 sobre el regreso del partido autoritario en México se cumplieron. Casi dos años después de aquel 1 de diciembre, el país se había hundido en una espiral de mano dura y reformas neoliberales. Septiembre de 2014 fue el momento más oscuro de lo que se había convertido en una pesadilla para quien resistía al gobierno de Enrique Peña Nieto.

Apenas un día después de la represión de diciembre de 2012, el PRI encabezó la firma de un gran acuerdo con todos los partidos políticos –a excepción de MORENA, en proceso de constituirse formalmente en partido– para impulsar las (contra) reformas energética y educativa. El denominado “Pacto por México” abría, por un lado, los hidrocarburos y la electricidad a la iniciativa privada llegando al clímax del largo ciclo de apertura de mercado del país. Por el otro, enfrentaba al gobierno priista con los docentes disidentes de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la

Educación (CNTE), organización que fue hostigada durante todo el sexenio y brutalmente reprimida en junio de 2013, en el ápice de la lucha en contra de la reforma.

Las exiguas protestas del naciente MORENA no lograron frenar la reforma energética, lo que provocó un clima de impotencia ante la unidad de los partidos que la aprobaron en el Congreso en 2014. La nueva Ley de Telecomunicaciones, que mantenía privilegios de Televisa y reducía al mínimo los medios públicos y sociales –exactamente lo contrario a lo demandado por el #YoSoy132–, se aprobó sin resistencia ese mismo año. Todas fueron derrotas desmoralizantes. El neoliberalismo se imponía sin contenciones.

A la mitad de 2014, la espiral de violencia generada por la llamada guerra contra el narcotráfico no se había detenido. La Procuraduría General de la República (PGR) reconocía que desde 2011 y hasta ese momento, el número de personas desaparecidas en México llegaba a más 52 mil. Organismos defensores de los derechos humanos como Amnistía Internacional, *Human Rights Watch* o la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos consideraban “crítica” la situación en el país.

Durante agosto y septiembre de ese año, el derrame tóxico en el río Sonora –uno de los ecocidios

recientes más graves– fue un escándalo de primera plana durante varias semanas. La empresa minera Grupo México, propiedad de uno de los empresarios más acaudalados del país, había sido privilegiada por el gobierno de Peña Nieto y operaba impunemente. En ese mismo periodo se daba el anuncio de más concesiones mineras, de reformas que permitían el despojo de tierras comunales para ser utilizadas por las grandes corporaciones así como la reactivación de un nuevo proyecto aeroportuario que avivó el conflicto con San Salvador Atenco. El líder opositor, Andrés Manuel López Obrador, ante el informe presidencial de septiembre, declaró que el país estaba en decadencia y que Enrique Peña Nieto debería renunciar: “entre más dure mal gobernando desgraciadamente peor nos va a ir”. Los ecos del movimiento anti-Peña de 2012 seguían retumbando de manera sorda.

La utilización facciosa de la justicia contra los movimientos sociales es una práctica muy común en México. Pero en los primeros años del gobierno peñista se generalizó a través de una avasalladora y vengativa oleada de órdenes de aprehensión y encarcelamientos que pretendían debilitar a innumerables movimientos en defensa de la tierra, el territorio y los bienes naturales en todo el país. Valgan los siguientes botones de muestra. En 2013, líderes de la llamada Policía Comunitaria de Guerrero

fueron encarcelados bajo graves acusaciones penales. Integrantes del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y el Agua en Puebla, del Consejo de Ejidos y Comunidades Opositoras a la Presa la Parota en Guerrero y autoridades tradicionales del pueblo yaqui movilizadas en defensa del agua en Sonora fueron apresados a lo largo de 2014. Desde las cárceles todos ellos denunciaban ser presos políticos. Del ascenso de la movilización popular vivida en 2012 se pasó a un atrincheramiento defensivo. El autoritarismo y la impunidad reinaban sin que existiera organismo o denuncia internacional de violaciones a los derechos humanos que los lograra detener.

Las Escuelas Normales Rurales en todo el país también habían sufrido la mano dura no sólo del gobierno de Peña Nieto sino de sus predecesores. Nacidas en los años treinta del siglo XX, al calor de la educación socialista promovida por el presidente Lázaro Cárdenas, para formar maestros para las alejadas y empobrecidas zonas rurales, se conformaron a la par de sus internados. En ellos, los hijos de los campesinos podían estudiar y a la vez sobrevivir con los escasos apoyos estatales y a partir del trabajo colectivo y la autogestión en cada centro educativo. En los internados se formaban estrechos lazos de reciprocidad y responsabilidad similares a los de

una comunidad campesina, lo cual propiciaba la conformación de cohesionadas organizaciones estudiantiles.

La presión beligerante de los normalistas, generalmente movilizados ante gobernadores despóticos en cada entidad, defendiendo sus centros de estudios o exigiendo más y mejores apoyos para sus internados y escuelas, se volvió una dinámica permanente de conflicto con el régimen del partido de Estado. El normalismo, sin contar con la fuerza de la masividad de las universidades ni la atención mediática urbana, estableció formas de protesta y negociación basadas en la toma de instalaciones gubernamentales, bloqueos a carreteras y toma de autobuses. Ese tipo de acciones de fuerza obligaron durante décadas al régimen a responder a sus compromisos. Sin embargo, los gobiernos neoliberales fueron cada vez más reacios a cumplir con las demandas de los normalistas y pasaron a la ofensiva, buscando dismantelar el normalismo rural y obligando a los estudiantes a la resistencia.

Las agresiones se volvieron particularmente brutales, aunque suene paradójico, durante los gobiernos de la alternancia democrática. En Chiapas, en 2003, el gobernador Pablo Salazar Mendiguchía cerró la normal de Mactumatzá y canceló los puestos de maestro a los que los normalistas tenían derecho de forma automática al

terminar sus estudios y, a raíz de un enfrentamiento de las policías con los normalistas, hubo doscientos detenidos acusados de asociación delictuosa, motín, asonada y rebelión. En 2010, durante las negociaciones sobre el proceso de admisión entre las autoridades y las mujeres de la Escuela Normal Rural Justo Sierra en Aguascalientes, se dio un operativo salvaje de desalojo contra las estudiantes. Dos años después la brutalidad policiaca escaló contra los normalistas de Michoacán. Un operativo policiaco –después de un diálogo con el gobernador apenas unas horas antes– tomó por sorpresa de manera simultánea a la Escuela Normal Indígena de Cherán, la Escuela Normal Rural Vasco de Quiroga de Tiripetío y al Centro Regional de Educación Normal de Arteaga. Los normalistas habían tomado algunos autobuses como medida de presión. Las fuerzas del orden dañaron las instalaciones, mataron a los animales de corral, lanzaron bombas lacrimógenas, balas de goma y tomaron detenidos a 176 estudiantes, muchos de ellos golpeados brutalmente. Las mujeres normalistas sufrieron tocamientos y vejaciones, amenazas y hostigamiento verbal por parte de la policía, que las señalaba de “andar de putas” en el movimiento. Medios de comunicación y autoridades estigmatizaban a las normales por ser “semilleros de guerrilleros”, “nidos comunistas”,

o “centros de formación bolchevique”. Este trato despótico desde el poder irritó no sólo al normalismo sino a los movimientos sociales que los apoyan en distintos lugares del país. La Normal Rural Isidro Burgos mejor conocida como Ayotzinapa, ubicada en una de las regiones más pobres del país, recibió la respuesta más feroz del Estado: dos jóvenes estudiantes –Jorge Herrera y Gabriel Echeverría– fueron asesinados por la policía al desalojar un bloqueo carretero el 12 de diciembre de 2011 en la Autopista México-Acapulco por medio del cual los normalistas exigían audiencia con el gobernador Ángel Aguirre Rivero.

Casi tres años después, el 26 de septiembre de 2014 los normalistas de esa escuela se preparaban para acudir a la movilización nacional del 2 de octubre en Ciudad de México, que conmemora precisamente la masacre represiva contra los estudiantes de 1968. Para ese entonces, los estudiantes de Ayotzinapa seguían exigiendo justicia para sus compañeros asesinados en la carretera.

La mañana de ese mismo día, aparecieron en un diario de circulación nacional unas imágenes desconcertantes que mostraban dos cadáveres en el piso. Las fotografías y un testimonio en la revista *Esquire* de unos días antes confirmaban una historia terrible: las Fuerzas Armadas durante un operativo antidrogas en Tlatlaya en

junio de ese año habían ejecutado a una veintena de personas y manipulado la escena para encubrir la acción, sembrando armas a los cadáveres para hacer parecer públicamente que se trató de un enfrentamiento. El crimen de Tlatlaya escandalizó al país.

Era el 26 de septiembre y era el preámbulo de la indignación nacional por lo que sucedería aquella noche terrible en Iguala.

Lo intolerable

Si el movimiento #YoSoy132 había comenzado como una explosión de alegría, el movimiento por la aparición de los estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa comenzaba como un estallido de rabia que generó una oleada expansiva de indignación que llenó las calles y los centros educativos en Guerrero, en la capital del país, en todo México y en innumerables ciudades del mundo.

Desde que declinaron las protestas del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad en 2011, ya no se habían dado movilizaciones masivas contra la violencia. Pero en la última semana de septiembre y los primeros días de octubre de 2014

se produjo un nuevo e inédito quiebre en la conciencia nacional.

Esa ruptura tardó en formarse varios días debido a la confusión en la reconstrucción de los acontecimientos de aquella noche. Lo que se fue sabiendo es que los normalistas de Ayotzinapa tomaron cinco autobuses de la central de Iguala, en el Estado de Guerrero, la noche del viernes 26 de septiembre para acudir a las protestas del 2 de octubre en la capital del país. Al salir de Iguala fueron perseguidos, interceptados y atacados brutalmente de manera simultánea con disparos, entre las 21 horas y la medianoche, por distintos cuerpos armados del Estado –Policías de Iguala y Cocula– que trataban de evitar a toda costa que los normalistas se llevaran los autobuses. En los distintos ataques a cada vehículo hubo estudiantes heridos. De manera paralela, fue atacado otro autobús que no había sido tomado por los normalistas sino que trasladaba a un equipo juvenil de fútbol llamado “Los Avispones”: murieron dos de sus ocupantes y resultaron heridos otros siete. En Iguala, se obligó con extrema violencia a los normalistas a bajar de dos de los autobuses tomados y los policías se llevaron en medio de la noche a cuarenta y tres de ellos.

Manuel Vázquez Arellano (Omar García), Escuela Normal Rural Isidro Burgos: Ayotzinapa.

Hacia tres meses habían asesinado a mi hermano menor en Carrizalillo, municipio de Eduardo Neri, Guerrero; y tanto mi familia como yo, no habíamos podido hacer nada al respecto pues tanto las autoridades como los narcos del lugar nos “sugirieron” no moverle una vez que vieron nuestra insistencia por investigar los hechos. Recuerdo perfectamente que yo era el más insistente en buscar venganza, y que en el sepelio de mi hermanito mi padre, en ese entonces de 74 años, pronunció unas palabras que jamás podré olvidar y que tres meses después habrían de hacerme sentido para siempre: “no hijos, no podemos buscar venganza porque a quienes lo mataron otros los matarán enseguida y si lo hacemos nosotros nos ganaremos enemigos sin sentido; además nosotros por lo menos tenemos el cuerpo de Narci (Narcizo), otras familias ni siquiera saben dónde quedan su hijos”. Una vez ocurrido lo del 26 de septiembre de 2014 y con toda la rabia encima de no haber podido hacer nada con mi hermano, el impulso por hacer algo no se dejó esperar. Y no digo que el resto de mis compañeros sobrevivientes, también testigos y denunciantes, no tuvieran sus motivos, pero al ser yo un poco mayor que el resto y al sentir que tenía un atropello reciente, “la dosis de vanidad que todos llevamos dentro” me empujó a buscar estar al frente. Aque-

llo que no pude hacer por mi hermano y mi familia lo haría así por las familias y por mis 48 compañeros. Lograr algo de justicia por ellos era para mí hacer justicia por mi hermano.

Dolió mucho saber que esa tarde junto al resto de compañeros, obedeciendo los acuerdos, los veinte activistas me pidieron chance de irse a la actividad de toma de camiones. El Cochiloco, compañero dirigente del Comité de Lucha igualmente me lo había pedido y yo, al ver que iban dos de mis mejores amigos, el “güicho” y “Acapulco”, decidí sin pensarlo dos veces decirles que sí, que se fueran, no sin pedirle al “güicho” y a “Acapulco” que me mantuvieran al tanto. Horas después, cuando “güicho” me llamó y me dijo al teléfono que la policía les estaba disparando y que ya tenían un muerto, me moví junto al resto de compañeros que igual había recibido llamadas de sus amigos que se hallaban en Iguala, para trasladarnos de inmediato hacía allá. Me moví porque estaban atacando a mi escuela, pero ante todo porque allá estaban mis activistas. ¿Cómo entonces no luchar por los 43, si entre ellos están diez de aquellos que estaban a mi cargo? El movimiento de los 43 marca la historia de México hasta nuestros días.

Los estudiantes de Ayotzinapa no detenidos y que sobrevivieron al ataque creyeron en aquel momento que se trataba de otro episodio represivo –aunque desmedido– dentro de la trayectoria de

violencia estatal contra el normalismo. Pero era algo más.

Miles de muertes y desapariciones ocurren desde hace años en México. Las desapariciones generalmente están vinculadas al crimen organizado pero, de vez en vez, a las fuerzas del Estado. Las miles y miles de desapariciones son una tragedia silenciosa que ha sido denunciada y documentada a lo largo de los años: la mayoría de las víctimas son gente común, sin poder, fama o dinero. Sin embargo, los normalistas, hijos de campesinos, estigmatizados y criminalizados, contaban con la fuerza organizativa de sus internados y sus escuelas, con liderazgo y experiencia para afrontar la represión. Por ello reaccionaron rápidamente apenas unas horas después de los hechos, reagrupándose para encontrar a sus compañeros, creyendo que se encontrarían como en muchos otros operativos, detenidos en algún ministerio público. Aquella misma noche, en la madrugada y al día posterior denunciaron los hechos ante la prensa, exigieron saber dónde se encontraban los normalistas detenidos, enlistaron sus nombres y activaron las redes de solidaridad y apoyo en Guerrero. De manera inusual, las víctimas tenían voz y la alzaron rápidamente.

Como los ataques se realizaron casi a la medianoche, la información de la agresión no apareció hasta el domingo 28 en los diarios nacionales,

aunque por redes sociales se viralizó desde el día anterior una imagen que horrorizó al país durante los días siguientes: el cadáver del normalista Julio César Mondragón con el rostro desollado, asesinado esa noche, después de huir en solitario.

El lunes 29 circuló un número impreciso de más de cincuenta normalistas desaparecidos. Ese mismo día, se trasladaron a Acapulco a los agentes municipales presuntamente involucrados en las detenciones. Los padres de los desaparecidos comenzaron una frenética búsqueda de sus hijos. El gobierno del Estado de Guerrero aseguró que también los buscaba intensamente. Habían pasado ya 48 horas vitales después de la desaparición. El martes 30, una masiva movilización en Chilpancingo exigió juicio político al gobernador Ángel Aguirre, del PRD, el mismo responsable de la represión que había sufrido la normal en 2011. Las protestas terminaron con destrozos en el Congreso del Estado. Se había desatado la furia de los normalistas sobrevivientes y de las organizaciones sociales de ese estado, desesperados por no conocer el paradero de los estudiantes.

En la crisis abierta por las desapariciones explotó una reacción social no solo de los estudiantes sino de los guerrerenses y sus organizaciones populares, magisteriales y campesinas que en las siguientes semanas bloquearían carreteras,

prenderían fuego a instalaciones y vehículos, tomarían radiodifusoras y lanzarían bombas molotov. Esa beligerancia se sustentó —a diferencia de las miles de desapariciones en todo el país— en la certeza de que fueron elementos de las fuerzas del orden quienes capturaron a los normalistas. No había duda de ello, debido a que todos los estudiantes sobrevivientes al ataque confirmaron que fueron las policías del Estado quienes se los llevaron aquella noche. Reapareció por eso muy pronto la consigna histórica que desde la década de los setenta, en medio de la llamada “guerra sucia”, exigía la devolución de los desaparecidos por el Estado: VIVOS SE LOS LLEVARON, VIVOS LOS QUEREMOS.

La Organización de las Naciones Unidas, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y Amnistía Internacional exigieron aclarar las ejecuciones extrajudiciales de Tlatlaya e Iguala, llevando el escándalo a nivel internacional. Los dos casos se superponían, haciendo evidente la crisis de violaciones a los derechos humanos que involucraba directamente a las fuerzas del orden del Estado mexicano.

Al siguiente día, el primero de octubre, apareció en los medios el posible vínculo de las policías de Iguala con el narcotráfico. El presidente Peña Nieto llamó al gobierno de Guerrero a asumir su responsabilidad. Es obvio por esa y otras declaraciones

del Ejecutivo Federal que intentaba no ser involucrado. Se provocó un problema entre poderes cuando el Gobernador Aguirre y su partido, el de la Revolución Democrática, declararon como inaceptable que Peña eludiera su propia responsabilidad por la violencia generalizada en el estado. El alcalde y jefe policiaco de Iguala se dieron a la fuga, lo que fortaleció la hipótesis de su complicidad con el crimen organizado. Es probable que Ángel Aguirre rehuyera afrontar el caso por los antecedentes represivos de los que era responsable y por lo cual los normalistas lo señalaban. Es factible, a su vez, que Enrique Peña Nieto quisiera acotar el caso Ayotzinapa a una dimensión local, para no hacer frente de manera simultánea a la crisis del caso Tlatlaya, que el mismo 30 de septiembre tenía ya como acusados a tres militares por homicidio, bajo la mirada de organismos internacionales de derechos humanos y con la creciente irritación de los militares por los procesamientos judiciales.

Esta secuencia de deslindes de responsabilidad y descoordinación política entre poderes y entre partidos provocaron la desconfianza generalizada. Involucramiento en el ataque o negligencia estatal para responder a la tragedia, eran dos posibilidades que atravesaban las consideraciones y los discursos de los movilizados durante los siguientes meses. Pero también, los gobernantes mostraban

de forma patente mezquindad y cinismo inaceptables al anteponer su preocupación de no ser culpados antes que responder a la emergencia de las desapariciones.

Los estudiantes en Ciudad de México movilizados el 2 de octubre declararon su apoyo a los normalistas. Obispos mexicanos condenaron el ataque y las desapariciones. Se realizó una primera movilización de protesta internacional en Londres el 3 de octubre. Los estudiantes del Politécnico, ya movilizados por sus propias demandas, exigieron la presentación con vida de los estudiantes de Ayotzinapa en la Secretaría de Gobernación en la capital de país. Sin embargo, fuera de Guerrero todavía no había protestas callejeras.

El punto de inflexión llegaría entre el 4 y el 6 octubre, cuando se descubrieron en Iguala fosas clandestinas con restos humanos de una treintena de personas, varias de ellas incineradas. La historia de horror de Ayotzinapa se recrudeció: no solo había sido un violento ataque policial que dejó muertos y heridos. El fiscal de Guerrero declaró que el director de seguridad pública municipal de Iguala fue quien dio la instrucción de detener a una parte de los estudiantes y un sujeto, apodado *El Chucky*, de la organización criminal Guerreros Unidos, ordenó a los policías asesinarlos. En un video de cámaras de seguridad en las calles de Iguala difundido

en los medios se podía ver, apenas unos segundos, a los estudiantes en la parte trasera de camionetas de la Policía de Iguala pasar rápidamente para luego perderse en la oscuridad.

Frente a estas relevaciones, algunos empezaron a reaccionar en la capital del país. Un núcleo de activistas de las universidades públicas que habían participado en el #YoSoy132 envió una propuesta a los padres de los desaparecidos a través de las organizaciones defensoras de derechos humanos que les acompañaban: llamar a la movilización central en Ciudad de México hacia el Zócalo. Colectivos y organizaciones capitalinas consultados por los universitarios dudaban de la iniciativa. En medio del torbellino represivo en el país, muchas protestas habían fracasado y les recomendaron prudencia para la convocatoria. Los estudiantes valoraban en cambio que, como en otras emergencias nacionales, la denominada sociedad civil podría responder al llamado. Evaluaban además que la convocatoria debía hacerse –como en el 132– a través de las redes sociales. Intuyeron que las desapariciones habían indignado a muchos, recibieron el visto bueno de los padres para realizar la protesta y con eso comenzó una espiral de movilización. Colocaron un cartel en Facebook y Twitter que demandaba justicia y tres ejes de lucha: presentación con vida de los desaparecidos, castigo a los asesinos y apoyo

total al normalismo rural. En cuestión de minutos, la convocatoria comenzó a viralizarse. Se multiplicó de manera exponencial con cientos, miles de comentarios de los propios internautas que escribieron mensajes de empatía con los normalistas. Se había atacado a los pobres, a los jóvenes, a los que luchaban por sus derechos. En Ayotzinapa, las víctimas de desaparición forzada no solo tenían voz a través de su organización, también tenían rostro: eran estudiantes que querían ser maestros de escuela. La represión contra los estudiantes en Tlatelolco de 1968 fue evocada una y otra vez. La asimetría de poder y el grado de crueldad provocaron en miles empatía, compasión y solidaridad con quienes habían sufrido un acto insoportable.

Esos cientos de personas que compartían el llamado a protestar expresaron un rechazo profundo a la negligencia del Estado para encontrarlos, a la corrupción demostrada por un aparato estatal infiltrado por el narcotráfico y se horrorizaban ante la posibilidad de que hayan sido asesinados. El ataque y desaparición contra los normalistas fue un agravio intolerable, un punto de quiebre de la relación entre Estado y sociedad.

Las redes sociales sancionaron a través de la multiplicación del cartel el enjuiciamiento por parte de la multitud indignada de todo un conjunto de poderes públicos. Entre las exclamaciones

de la gente se registraban las siguientes: ¡Basta de narcopoder! ¡Hay que demandar justicia! ¡Esta catástrofe no puede quedar impune! ¡Alcemos la voz contra el horror de Estado! ¡Gobernantes corruptos! ¡Gobiernos de criminales! ¡Gobierno asesino! ¡El enemigo es el gobierno! ¡Deben renunciar!

La conmoción de Ayotzinapa se había convertido en solidaridad pero también en indignación. Muy pronto, en las calles, se convertiría en furia.

Fue el Estado

Era una marea humana. La avenida Reforma se llenó de luz por las antorchas y velas de la multitud en la noche del 22 de octubre. “Una luz para Ayotzinapa” convocó a miles y miles de personas en la capital del país. Marcharon desde el Ángel de la Independencia al Zócalo ciclistas, monjas, músicos, performancers, jubilados, padres y madres con sus hijos sobre los hombros o en brazos, organizaciones indígenas, populares, ambientalistas, de trabajadores, defensoras de los derechos humanos y, en especial, estudiantes. Miles de ellos. Parecía que sus escuelas se habían vaciado por completo para verterse en las calles. Desde los pequeños centros

públicos como el Colegio de México o la Escuela Nacional de Antropología e Historia, hasta los bachilleratos y escuelas del Instituto Politécnico Nacional. Estaban ahí de nueva cuenta el numeroso contingente de la Universidad Iberoamericana, donde comenzó el #YoSoy132, y todas las sedes de la Universidad Autónoma Metropolitana. Las facultades y escuelas de la Universidad Nacional Autónoma de México llevaban cada uno contingentes con mil, 2 mil y, en ocasiones, hasta 5 mil manifestantes cada una. Encabezados por numerosos y disciplinados militantes, desfilaban los contingentes de las Escuelas Normales Rurales de varias partes del país.

La leyenda ¡AYOTZINAPA VIVE! quedaba grabada con aerosoles en el piso, parabuses, vitrinas de comercios, paredes, pancartas, mantas. El conteo emblemático que va del 1 al 43 para terminar gritando “¡Justicia!” se coreaba en cada contingente una y otra vez, como se repetía en actos públicos y espectáculos, en escuelas, en misas y en las protestas que se sumaban en todo el país.

La aparición con vida de los desaparecidos se había convertido en un clamor nacional e internacional. Eran las más grandes movilizaciones desde la Marcha del Color de la Tierra del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 2001 y las encabezadas por Andrés Manuel López Obrador

entre 2004 y 2006. Los movilizad0s por Ayotzinapa se contaban en esos meses por millones. Desde Barcelona hasta Buenos Aires, desde Londres hasta Santiago pasando por Nueva York, las protestas se sumaban a las de un centenar de ciudades en México: Toluca, Irapuato, Tapachula, Ciudad Juárez, Palenque, Morelia, Zacatecas, San Cristóbal, Querétaro, Chihuahua, León por sólo mencionar algunas. Por supuesto destacaban las marchas y protestas masivas. Pero también se realizaban oraciones y ayunos, actos artísticos, performances, lectura de poesía, veladas, protestas en embajadas, firmas de cartas y pronunciamientos, foros y actos políticos.

En la mayoría de ellos había pases de lista con los nombres de los 43 desaparecidos; en las escuelas, se colocaban, en 43 pupitres vacíos, carteles con sus rostros; en las redes sociales aparecían innumerables intervenciones artísticas sobre las fotografías de los estudiantes desaparecidos, que luego se colocaban en instalaciones con sus nombres en muros, plazas, salones e iglesias. Es como si diciendo sus nombres la esperanza de encontrarlos vivos no se apagara. Como si repetir los nombres de los normalistas desaparecidos fuera un símbolo para reivindicar a los miles que no se conocían. Enunciar y evocar a los normalistas, pareciera representar todo el dolor reunido en años de

violencia, asesinatos y desapariciones en México. Pero también, cada imagen, cada semblante, pareciera estar ahí para recordar la infamia de lo que ha sucedido, para indignar a cada manifestante y empujarlo a seguir exigiendo justicia:

1) Felipe Arnulfo, 2) Benjamín Ascencio, 3) Israel Caballero 4) Abel García, 5) Alen Gaspar de la Cruz, 6) Dorian González Parral, 7) Luis González Parral, 8) Magdaleno Lauro 9) José Luna, 10) Mauricio Ortega, 11) Jovany Rodríguez Tlatempa, 12) Abelardo Vázquez, 13) Adan Abraján de la Cruz, 14) Tomás Colón, 15) Ángel Francisco Arzola, 16) Lorenzo Hernández, 17) Israel Jacinto, 18) Julio César López Patolzin, 19) Ángel Navarrete, 20) Marcial Baranda, 21) Miguel Mendoza, 22) Alexander Mora, 23) Bernardo Flores, 24) Ángel Abarca, 25) Jorge Álvarez, 26) José Campos, 27) Aníbal Cruz, 28) Giovanni Galindes, 29) Jhosivani Guerrero de la Cruz, 30) Cutberto Ortiz, 31) Everardo Rodríguez, 32) Alfonso Rodríguez, 33) Getsemany Sánchez, 34) Jonás Trujillo, 35) Eduardo Bartolo Tlatempa, 36) Leonel Castro, 37) Miguel Hernández 38) Iván Ramírez, 39) Antonio Tizapa, 40) Antonio Santana, 41) Marco Gómez, 42) César González y 43) Saúl Bruno.

A pesar de que el movimiento era evidentemente multisectorial y además tanto nacional como

internacional, tenía dos epicentros: el primero en Guerrero, encabezado por los normalistas y por la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación de ese estado (CETEG) que formaron la Asamblea Nacional Popular (ANP) con más de medio centenar de organizaciones. Movimientos de tradición radical y discurso clasista y revolucionario conducían un verdadero terremoto sociopolítico en el Estado, un sacudimiento que dejaba entrever tintes insurreccionales. Se tomó la Procuraduría General de Justicia del Estado de Guerrero, demandando la desaparición de poderes y la renuncia del gobernador así como el castigo al prófugo José Luis Abarca, alcalde de Iguala por el PRD; se tomaron bancos, comercios, ayuntamientos; se propuso tomar todas las presidencias municipales del estado; se quemó la sede del PRD en Guerrero y, finalmente, ardieron el palacio de gobierno y la alcaldía en Chilpancingo. Había protestas en Apango, Tlapa y una enorme y pacífica movilización en Acapulco, entre muchas otras ciudades y poblaciones. Guerrero parecía ingobernable: la ANP evidentemente atizó un alzamiento popular, que tuvo cierto eco en ese estado pero no en el resto del país. Los normalistas se preguntaban por qué en Ciudad de México no había comenzado la revuelta y presionaban a los estudiantes metropolitanos para que se radicalizaran.

En la capital del país había una trayectoria política y socioeconómica muy distinta a la de Guerrero. Gobernada desde hace tres lustros por la izquierda institucional, con la riqueza económica concentrada de México y con las organizaciones radicales a la zaga, era además el epicentro del naciente Morena, que dirigía las energías de sus militantes por vías electorales y pacíficas. La capital, aunque indignada, mantuvo sus protestas dentro de una órbita más sosegada aunque no sin tensiones y con multitudes cada día más enojadas. Una conductora de un programa televisivo de noticias parecía comprenderlo cuando dijo que el presidente Peña Nieto, cada día que pasaba sin conocerse el paradero de los normalistas, tenía una bomba de tiempo en las manos sin desactivar.

Y es que no había un solo noticiario televisivo, radiofónico, digital o impreso que no siguiera las protestas y las indagatorias para ubicar el paradero de los normalistas. Nueve de cada diez mexicanos conocía de las desapariciones de los estudiantes en Iguala. Si abajo había indignación, arriba había preocupación, porque Ayotzinapa crecía como marea popular (en ciudad de México se pasó de 25 mil a 100 mil manifestantes entre el 8 de octubre y el 5 de noviembre y siguió en ascenso) y como presión política internacional: la ONU, la OEA, el Parlamento Europeo y hasta Estados Unidos pidieron aclarar

el caso de Iguala. El escándalo de Tlatlaya había manchado al Ejército, acusado desde hace años de violaciones a los derechos humanos y tortura en su actuación en las funciones policiales en la guerra contra el narcotráfico. El descubrimiento de más fosas con innumerables cadáveres en Iguala develó el desbordamiento total de la crisis de derechos humanos y del crimen organizado. Para rematar, a mitad del mes de octubre se hizo público que se investigaba a altos mandos del Ejército de la 22ava zona militar por su presunta implicación, omisión o colusión en el caso de las desapariciones de los estudiantes. Al siguiente día de las enormes movilizaciones del día 22, finalmente, cayó el gobernador de Guerrero a la manera mexicana: “pidiendo licencia de su cargo”, es decir renunciando sin hacerlo formalmente.

El epicentro secundario del terremoto social de protestas y movilizaciones en México y en el mundo era por supuesto la capital del país, donde operaban dos núcleos de articulación de las movilizaciones. El primero de estos era la Plataforma de Solidaridad con Ayotzinapa, una convergencia de organismos civiles y de derechos humanos, donde se integraron el puñado de universitarios de varias agrupaciones y sin organización que llamaron a la primera protesta en la ciudad. Desde ese espacio y con una fuerte influencia de dicho grupo

de activistas, se convocó a los llamados “Días de Acción Global por Ayotzinapa”, los cuales buscaban articular en un solo día todas las expresiones de presión y repudio a nivel nacional e internacional. Estas acciones vertebran una primera fase de la acción multitudinaria en las tres primeras fechas de movilización global. Pero en la capital se formó también rápidamente un movimiento estudiantil que activó, una a una, masivas asambleas en cada facultad, escuela o centro de estudio. Los estudiantes fueron la columna vertebral de las movilizaciones en la Ciudad de México y se reunieron en una “Asamblea Interuniversitaria” (AI), como eco no tan lejano del #YoSoy132. Reverberación también cristalizada en una generación de activistas en todas las escuelas que participaron en ese movimiento y ahora tenían que afrontar la responsabilidad muchas veces de dirigir asambleas desbordadas por una participación estudiantil inédita, explicable por la indignación y por la empatía con los estudiantes normalistas.

Israel, Asamblea del Colegio de México

Un día después de la primera reunión de EPN con los padres de los normalistas recibí una llamada de un compa de lucha que falleció hace poco, Javier Bautista, comentándome que los padres de los normalistas iban

a estar en varias universidades y preguntando si se podría abrir el espacio en el Colmex. Dije que sí y los compañeros de la escuela organizamos el evento en unas pocas horas, en un sábado 31 de octubre.

Ese día tuve que moderar. La audiencia escuchó en silencio, respetuosa y en pleno llanto las palabras de tres padres y dos normalistas que los acompañaron. Recuerdo que me impactó lo cansados que se veían sus ojos, y los pies que salían de los huaraches maltratados. Don Bernabé reveló ese día que el gobierno le había ofrecido 100 mil pesos por dejar de buscar a su hijo. Don Clemente contó que la última vez que había visto a su hijo le había dicho “Te quiero”. Buscó la cámara de los reporteros y sus cámaras y le envió un mensaje a su hijo Christian Rodriguez Telumbre “Si mi hijo me está viendo, si me está escuchando, le digo desde aquí que voy por él”. El 5 de julio de 2020 le informaron a Don Clemente, en su casa en Tixtla, que el laboratorio forense en Innsbruck había identificado como perteneciente a Christian un resto óseo hallado en la Barranca de la Carnicería en el Ejido de Cocula.

Durante ese primer encuentro con los familiares, un 20 de octubre, me mantuve ecuánime. A los padres les quedaba un largo día en otras universidades, y años más sin encontrar justicia, pero a los presentes en el Colmex pudimos dar por terminada la tarde. Le di un aventón a un par de compañeras, y luego conduje a recoger a mi

mamá después de una junta. Mi mamá, como dos de mis tíos, estudiaron para maestros en la Escuela Nacional de Maestros, una normal urbana pero que comparte diversos rasgos políticos con las normales rurales: mis tíos y mi mamá todos fueron activistas socialistas en esos años, y el año que yo nací estuvieron involucrados en uno de los mayores movimientos magisteriales en México. Cuando llegamos a casa de mi madre ya estaba entrada la noche. Sólo entonces pude hablar de lo que había presenciado, y mi mamá y yo rompimos en lágrimas descontroladas.

S

Luis, Asamblea de la UAM Xochimilco

Entre esa asamblea y la primera movilización, nos organizamos en decenas de brigadas recorriendo salón por salón ambos turnos. No hubo un solo profesor que se negara a interrumpir sus clases para que se hablara del tema y se invitara a toda la comunidad a la marcha y a las asambleas. Aún en periodos tan intensos de movilización como en 2012 con el movimiento #YoSoy132, no era comparable el compromiso y la energía de lxs compañerxs para convencer a cada miembro de la escuela sobre lo crucial que era no permitir que lo ocurrido en contra de los normalistas de Ayotzinapa se quedara en un episodio más de impunidad. Las capacidades de los colectivos que existíamos desde antes de esa coyuntura,

era rebasada por un alud impresionante de voluntades dispuestas a hacer todo por empujar a la universidad a la calle para exigir la presentación con vida de los desaparecidos.

Los días transcurrían y, a diferencia de otras coyunturas, la efervescencia de la movilización ascendía. No había pared de la universidad sin pintadas o carteles, las asambleas eran cada vez más masivas, había una intención colectiva por llenar los días de actividades para fortalecer las acciones centrales de la asamblea interuniversitaria, así como en reunir recursos para las brigadas de estudiantes de Ayotzinapa y para los padres y madres de los desaparecidos que se desplazaban a la CDMX. En el periodo de septiembre y octubre pasamos de asambleas de doscientos o trescientos, a más de mil compañerxs, que semana a semana nos reuníamos para decidir las acciones a seguir. En plazas y jardines llenos de compañerxs, deliberamos parar cada vez que se nos convocó sin mayores disensos. Los pocos intentos por revertir la inercia de paros y movilizaciones vinieron de estudiantes de Medicina o QFB que acudían en grupos grandes tratando de boicotear las discusiones, pero la legitimidad de la demanda era tan grande que se terminaban convenciendo y subordinando a la voluntad de la asamblea. No había argumento que nos convenciera de no quemar las naves.

Tanto en la Plataforma como entre los universitarios reunidos en asamblea hubo debates interminables y deliberaciones que revelaban la profundidad de la reflexión y la capacidad de análisis político de los jóvenes mexicanos. En la Plataforma, que llegó a aglutinar un centenar de organizaciones, había desacuerdos respecto a cómo caracterizar el régimen y sobre todo, señalar a los responsables. Unos se inclinaban por “narcoestado” y otros por “narcopoder”, ya que algunos organismos afirmaban que quizá el Estado mexicano en su conjunto operaba ya de manera criminal; en cambio, otros reconocieron que la degradación estatal era muy profunda aunque no se podía confirmar hasta qué niveles operaba el narcotráfico. Otros de plano asumían que el “terrorismo de Estado” explicaba las desapariciones, discurso que no convencía a casi nadie porque no pareciera explicarse un móvil estrictamente represivo o político en las desapariciones. Mientras que en Guerrero la ANP señaló rápidamente al gobernador como responsable, el Ejecutivo Federal y Estatal empujaban para responsabilizar solamente al presidente municipal y las policías locales y rehuían la propia. El modo de señalar a los culpables y nombrar lo sucedido era también un problema en las calles. Una pancarta del 22 de octubre decía: “Ayotzinapa. Ni omisión de Estado ni crimen de

Estado: terrorismo de Estado”. Otra más sostenía la leyenda: “PRI+PAN+PRD= narcoestado”. En la Primera Asamblea Interuniversitaria, realizada el 10 de octubre, se formulaba otra caracterización. En su minuta de acuerdos de una veintena de escuelas, influida por la propia minuta de la Asamblea de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, podía leerse:

Consideramos que el crimen de Ayotzinapa es un crimen de Estado cuya responsabilidad, por acción u omisión, corresponde a los tres niveles de gobierno y sus instituciones, integrados por los distintos partidos en el poder [...] La masacre de Iguala contra los normalistas de Ayotzinapa y la desaparición de 43 de ellos, perpetrada bajo los métodos más crueles y sanguinarios de un régimen cada vez más autoritario en contubernio con el narcotráfico, es un crimen de estado que no debe quedar impune.

La síntesis que hacía la Asamblea Interuniversitaria incluía la interpretación que muchos tenían en la cabeza: aunque todos desconfiaban de todos los niveles de gobierno por su posible relación con el crimen organizado, todos sabían también que la responsabilidad de protección del Estado en Ayotzinapa no se había cumplido. Responsabilizar

a los tres niveles de gobierno fue uno de los ejes del movimiento estudiantil. Se señaló la complicidad directa del alcalde, así como la represión ya sufrida por los normalistas por el ataque directo del gobernador en 2011; además se aludía a su tolerancia, al menos por omisión a la actuación del alcalde. En ese momento, el señalamiento al Poder Ejecutivo era difuso en torno de las desapariciones, pero su responsabilidad se traslucía en la política de desmantelamiento del normalismo y en la negligencia para abordar la emergencia.

Otras asambleas estudiantiles habían realizado interpretaciones similares, destacando además la corrupción de todos los partidos políticos gobernantes así como la prolongada historia de represión en Guerrero. Empero, la formulación de todo ello en consignas o denuncias más sencillas y comprensibles parecía complicarse debido a la complejidad interpretativa que los estudiantes querían expresar. Una multitudinaria asamblea en Ciudad Universitaria convertida en mitin político, con más de 10 mil estudiantes a mitad de octubre, señalaba al sistema político mexicano y no solo a los responsables materiales de los asesinatos y desapariciones en el discurso central de los estudiantes:

Vivimos un régimen político que profundiza un proceso autoritario, represivo, antidemocrático,

corrupto. Que practica la violencia de Estado para intentar acallar las voces de quienes nos alzamos y decimos basta. [...] Vivimos un régimen político que nos pinta la privatización y el despojo como progreso, la manipulación mediática como libertad, la crisis institucional como modernidad [...] Una política implementada por los tres niveles de gobierno tiene un costo hoy lamentable [...] esta es la primera jornada de lucha y la primera advertencia al gobierno: ¡presenten con vida inmediatamente a nuestros compañeros normalistas!

Y es que los meses de crisis política por las desapariciones y las multitudinarias e inusitadas asambleas universitarias, las protestas en todo el país, el debate nacional en los medios, parecieron develar en aquel momento la situación intolerable que vivía México: la crisis de violencia y violaciones a los derechos humanos, el escándalo de Tlatlaya, las reformas estructurales, la represión a los movimientos sociales, el privilegio empresarial en el ecocidio del río Sonora, la corrupción abierta de los gobernantes coludidos de una u otra forma con el crimen organizado y la ineptitud para afrontar la emergencia.

Pero también los responsables de cada nivel de gobierno y de cada partido político por el caso particular de Ayotzinapa eran claramente señalados:

el PAN y el expresidente Felipe Calderón, por haber iniciado la guerra; el PRD, por gobernar Iguala y Guerrero de manera criminal y represiva en cada caso; y al PRI, por conducir al país de manera despótica, tratar de dismantelar al normalismo y, en especial, por ser incapaz de encontrar a los estudiantes desaparecidos. La crisis era total.

En la movilización “Una Luz por Ayotzinapa”, la Plataforma de Solidaridad emitió un discurso condenatorio mucho más fuerte y preciso que al inicio de las protestas. Leído en un zócalo abarrotado, con la presencia de los padres de los desaparecidos, hacía señalamientos claros:

Estamos en esta plaza para señalar con todas sus letras al ESTADO MEXICANO como responsable de lo sucedido en Ayotzinapa [...] es necesario recordar que fueron policías, no narcotraficantes, quienes se llevaron a nuestros estudiantes. Fueron autoridades locales, de partidos políticos nacionales, quienes dieron la orden de llevárselos, no los grupos criminales. Fueron además autoridades del Estado de Guerrero, fuerzas militares y hasta instituciones federales quienes no actuaron cuando ya tenían conocimiento de lo que sucedía en Iguala. Y fueron partidos e instituciones quienes toleraron por acción u omisión a políticos y empresarios ligados al crimen organizado

que dieron la orden de llevárselos [...] AYOTZINAPA ES RESPONSABILIDAD DEL ESTADO MEXICANO y exigimos JUSTICIA.

A pesar de la contundencia de esas palabras, no era sobre el templete de oradores donde se desarrollaba el acontecimiento principal de ese día. Un puñado de universitarios, activistas, artistas y ex integrantes del #YoSoy132, aglutinados en un colectivo llamado Rexiste, decidió realizar una intervención político-artística en la plancha del Zócalo, donde se encuentra el Palacio Nacional, sede del Ejecutivo Federal y donde convergía la protesta de ese día. Llevaron a cabo una pintada monumental en el piso. El mensaje –escrito con pintura blanca sobre la plancha oscura de la plaza– fue fotografiado desde los edificios aledaños por la prensa, comenzó al siguiente día a darle la vuelta al mundo y se convirtió en un *hashtag* en las redes sociales. La frase lapidaria resumía las discusiones políticas y se convirtió en una formulación comunicacional comprensible para todos, para señalar la responsabilidad, por acción u omisión de los tres niveles de gobierno. La frase, convertida en slogan, denuncia o consigna, fue reproducido por miles y miles de manifestantes e internautas: FUE EL ESTADO.

Más de 100 mil manifestantes protestaron nuevamente el 5 de noviembre en la capital de país,

ochenta centros educativos pararon labores, junto a cientos de protestas una vez más en México y en el mundo bajo la convocatoria de un nuevo día de acción global llamado *Ayotzinapa: FUE EL ESTADO*. El juicio de la multitud se había dado y el Estado era culpable.

El gobierno federal, sin embargo, anunciaba que informaría sobre los normalistas desaparecidos el 7 de noviembre. La atención nacional estaba puesta en esa conferencia encabezada por el responsable de la investigación, el Procurador General de la República, Jesús Murillo Karam. Era tal la expectativa que varias asambleas universitarias se convocaron para escuchar la explicación del Ejecutivo Federal. La historia que narró horrorizó al país. Según la versión oficial tres miembros del grupo criminal “Guerreros Unidos” que fueron detenidos, confesaron haber recibido y ejecutado al grupo de personas que les entregaron los policías municipales de Iguala y Cocula. Los habrían ultimado en un basurero de Cocula para luego incinerar sus cuerpos, encendiendo una pira que fue mantenida con guardias y relevos durante catorce horas (desde la noche del 26 de septiembre, hasta las 2 de la tarde del día siguiente) arrojándole diésel, gasolina, llantas, leña y plástico. Posteriormente, recibieron la orden de fracturar los restos de los huesos y calcinarlos para ser depositados en bolsas

negras, que fueron vaciadas en el río San Juan. “Esa es la verdad histórica” diría el procurador, meses más tarde, defendiendo además que los hechos no implicaron un crimen de Estado, pareciendo responder al juicio de las calles: “Iguala no es el Estado mexicano” sentenció en aquel momento.

Fue sintomático lo que ocurrió en una de las asambleas de la UNAM: los asistentes estaban conmocionados ante la narrativa de la “verdad histórica”. Pero conforme seguía la conferencia, se expresaron algunos gritos y entre los estudiantes: ¡No puede ser! ¡Todo encaja demasiado! ¡Algo ocultan! ¡Asesinos! Se escuchaban, además, algunos sollozos.

Luis, Asamblea de la UAM Xochimilco

El 7 de noviembre, durante un paro estudiantil, prendimos las bocinas para escuchar la conferencia de prensa del procurador general de la república, Jesús Murillo Karam, donde anunciaba la llamada “verdad histórica”. Maestros, estudiantes y trabajadores escuchábamos en silencio cómo el estado mexicano trataba de sepultar el caso y enterrar en el cementerio de la impunidad a los compañeros de Ayotzinapa. Era imposible contener la rabia, el llanto se manifestaba en muchos compañerxs. Bastó el grito de un solo compañero para que se buscara desahogar la rabia y sin pensarlo mucho corrimos a

cerrar periférico y las avenidas más próximas de la universidad, se improvisaron barricadas con sillas y mesas y se les prendió fuego. Nos avisaban que en varias escuelas ocurrían movilizaciones similares. Era más grande la indignación que cualquier cálculo o temor a la represión.

Las paredes de la universidad se llenaron de murales y pintadas, algunos de esos registros permanecen y nos recuerdan hasta el día de hoy que la exigencia de presentación con vida de los compañeros de Ayotzinapa es una demanda viva, a la espera de una chispa que encienda nuevamente la rabia de la sociedad en la búsqueda de verdad y justicia.

Hay que destacar también que la verdad histórica no explicaba las razones de las policías para entregar a los estudiantes a Guerreros Unidos. La desconfianza y la sospecha de que la verdad había sido tergiversada se fueron instalando intuitivamente, atizadas por la hipótesis de un posible encubrimiento al Ejército en los acontecimientos. Pero fueron los padres de los desaparecidos quienes fortalecieron esa posible interpretación cuando rechazaron la versión oficial ante falta de evidencias más contundentes.

Hoy sabemos que la desconfianza de los padres, de las asambleas universitarias y del movimiento por la presentación de los desaparecidos no era

infundada. El Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI), creado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en acuerdo con los padres y el Estado mexicano, emitiría un año después un informe en el cual unos especialistas afirmaban que, dadas las condiciones de Cocula, las cremaciones no pudieron haberse dado en el basurero, como señalaron los testimonios. Aun más, en 2022 un nuevo reporte del GIEI demostró con material videograbado que la escena del crimen había sido modificada por la Procuraduría General de la República, lo que potencialmente implicaba un montaje. En un reporte previo, especialistas en criminalística descubrieron en la investigación oficial la omisión de la investigación sobre la toma de un quinto autobús por parte de los normalistas. Los expertos internacionales propusieron una hipótesis que subsanaba además la omisión del móvil en las conclusiones de la “verdad histórica”: el ataque pudo ser perpetrado por el trasiego de drogas en los autobuses –que los normalistas desconocían– y de cuya existencia sabían no solo los cuerpos de investigación locales sino, también, el Ejército. Todo ello desmoronaba por completo la “verdad histórica” y mostraba que la investigación oficial estaba orientada a tergiversar los hechos.

Sin embargo, en noviembre de 2014, sin conocerse aún todos esos hallazgos posteriores, la explicación institucional simplemente no pareció convincente, se dudó de la “verdad histórica” y se desató la reacción popular ese mismo día, tanto en Guerrero, como en Ciudad de México.

Max, Asamblea de la Facultad de Ciencias, UNAM

Nos convocó la rabia y la indignación de un hecho imperdonable. La infamia y lo macabro de aquella noche de terrorismo estatal tocó una de nuestras fibras más sensibles, la memoria histórica. Lo que habíamos leído en nuestros libros parecía repetirse frente a nuestras narices. Iguala se convirtió así en nuestro Tlatelolco. De forma que las emociones fueron tan profundamente intensas que trastocaron nuestra humanidad, en particular, me atrevería a decir, la de los pequeños núcleos de militantes; puesto que era un ataque directo y despiadado contra nuestros compañeros, con quienes nos reuníamos anualmente para coordinar las marchas del 10 de junio y del 2 de octubre. Compañeros quienes siempre habían estado ahí, solidarios, junto con el magisterio democrático, siendo referentes de las mejores tradiciones del normalismo rural comunitario.

Luego, tomamos las calles y la respuesta fue exponencial. Los contingentes eran desbordantes. Por ejemplo, salir a marchar desde el campus central de la UNAM

tomaba su tiempo pues implicaba transportar una fuerza movilizada de miles estudiantes. Un solo convoy del metro era insuficiente para el contingente de una sola facultad. Simplemente no cabíamos en los andenes de metro Universidad y Copilco y había que hacer fila para acceder. En pocos días habíamos cambiado de escala y ahora nos contábamos por miles. Fueron semanas muy intensas en las que las actividades assemblearias irrumpieron en la normalidad. Nada volvió a ser igual. Cientos y quizá miles de acciones diarias se realizaron en las diferentes geografías de nuestro país, sin olvidar la enorme solidaridad internacional que roció de vitalidad a la movilización y la cobijó, puesto que todas esas voces internacionales lograron evidenciar la inmundicia gubernamental y la profundización de su crisis institucional.

El incendio

Un manifestante gritaba hacia las puertas del Palacio Nacional como si arengara a la multitud contenida detrás de las vallas que lo protegían. Casi a contraluz, en perspectiva, se veía el humo provocado por varias bombas molotov y a cientos de personas enardecidas frente a la puerta. La fotografía

publicada en los diarios europeos parecía retratar una insurrección. Era la noche del 7 de noviembre, después de la conferencia oficial sobre el paradero de los estudiantes. Minutos después de capturada la imagen, las vallas cedieron y cientos de manifestantes, en especial jóvenes, se abalanzaron sobre la puerta del Palacio, lugar emblemático del poder presidencial, a pesar de que Enrique Peña Nieto no residía en sus habitaciones.

Aunque la mayoría de las 15 mil personas que protestaron esa noche lo hicieron de manera pacífica, un nutrido grupo comenzó a atacar el acceso al Palacio, usando como ariete improvisado las mismas vallas que habían caído unos minutos antes. Algunos jóvenes lograron prender fuego a la puerta. La pequeña multitud festejó las llamas coreando ¡FUE EL ESTADO! y ¡ASESINOS! Pero también ¡Fuera Peña! La policía antimotines dispersó violentamente a esos manifestantes y realizó numerosas detenciones. La imagen de la puerta ardiendo se reprodujo en los noticieros de todo el país y el propio presidente condenó los hechos diciendo que la violencia no se justificaba. Unos días antes, una estación del metrobus próxima a la Ciudad Universitaria había sido incendiada por jóvenes encapuchados.

Casi de manera simultánea unos seiscientos normalistas de varias partes del país, en Guerrero,

al grito de ¡Asesinos!, apedrearon el Palacio de Gobierno del estado, volcaron una decena de vehículos y les prendieron fuego. Los movimientos guerrerenses exigieron la renuncia de Enrique Peña Nieto entre diversas protestas en las siguientes semanas, que incluyeron la quema del Congreso de Guerrero encabezada por la CETEG y la sede del PRI en la entidad, así como el bloqueo del aeropuerto de Acapulco por los propios padres de los desaparecidos, que se enfrentaron a las fuerzas policiacas.

Pareció ser el momento más crítico para el presidente Peña Nieto, ya que esa misma semana al caso de Tlatlaya y a las protestas incendiarias en Guerrero, se sumaba el descubrimiento a través de una investigación periodística publicada el 9 de noviembre, que el jefe del ejecutivo y su familia habitaban una millonaria mansión, construida por el Grupo Higa, una de las empresas que ganó licitaciones de megaproyectos en su gobierno y que cuando fue gobernador había levantado obras en el Estado de México. Un directo conflicto de interés que olía a corrupción. El escándalo era descomunal. El colapso de la credibilidad del presidente, absoluto e irreversible.

A pesar de que Peña Nieto se reunió con los padres de familia y llegó a varios acuerdos, estos iniciaron el 13 de noviembre una caravana desde

Guerrero a varias partes del país. Desde entonces los padres tomaron por completo el liderazgo de las movilizaciones y llamaron a que las caravanas convergieran en una gran protesta el 20 de noviembre en la Ciudad de México. Acudieron a plazas y universidades en varias regiones, agitando la indignación nacional y convirtiéndola en rabia. La crisis mexicana era tan intensa que el gobierno de Estados Unidos llamó a la calma por Ayotzinapa y el Papa Francisco se solidarizó con los familiares de las víctimas. La explicación de la incineración de los normalistas se discutió en medios, universidades, partidos y cámaras, considerándola poco convincente. Si la “verdad histórica” buscaba dar un cierre a la crisis política, sólo la había avivado. Andrés Manuel López Obrador volvió a pedir la renuncia del presidente.

El sábado 15 terminó con el ingreso de fuerzas policiales de la capital a Ciudad Universitaria, donde se enfrentaron con estudiantes. El acceso de los cuerpos armados a la universidad fue leído como una señal represiva y una provocación. El propio presidente en gira por China pareció amenazar cuando declaró, en alusión a las protestas incendiarias de Guerrero y en otras partes del país: “no podemos aceptar a aquellos que han recurrido al uso de la violencia, al ataque a las instituciones, a lo que ha construido la sociedad mexicana”.

La crisis política se extendió a otros partidos cuando Cuauhtémoc Cárdenas, ex candidato presidencial, exigió la renuncia del líder del PRD y de su comité ejecutivo nacional en pleno. El presidente del Banco Mundial pidió justicia para los 43 normalistas. El conflicto había llegado a su clímax.

Fue quizá por eso, o bien por la rabia acumulada, que el 20 de noviembre las caravanas de los padres fueron recibidas multitudinariamente en Ciudad de México por un cuarto de millón de manifestantes. El país se cimbró con la protesta central y las numerosas manifestaciones en treinta estados del país.

La Asamblea Interuniversitaria, después de un virulento debate, se había dividido en dos facciones, una apoyando la movilización pacífica y otra por realizar acciones contundentes. El debate no resuelto en el #YoSoy132 revivió, encabezado casi por las mismas escuelas en cada uno de los polos. Sin embargo, la votación final definió que los estudiantes se sumarían a las movilizaciones de manera pacífica. Aquellos que optaron por acciones más beligerantes fueron reprimidos en la mañana del 20 de noviembre y dispersos antes de la gigantesca movilización que llenaría Reforma por la noche.

La asamblea de posgrados de la AI acudió a la marcha con un monigote monumental representando la figura del presidente Enrique Peña Nieto.

Miles y miles de manifestantes rodearon la figura cuando los estudiantes le prendieron fuego en medio de la plaza. Los gritos que exigían su renuncia parecían revivir el movimiento antiPeña de 2012 y el #YoSoy132. El repudio popular al presidente era intenso, profundo y generalizado.

Laura Nieto, Asamblea de Posgrados, UNAM

Hicimos de todo, salimos a las calles a repartir volantes y a hablar con la gente sobre lo que estaba ocurriendo en Iguala; organizamos cientos de asambleas (algunos compañeros me apodaron Laura Asambleas, porque siempre estaba ahí organizando y hablando); hicimos cientos de protestas en la ciudad con distintas aproximaciones: desde una rueda casino, videos, canciones, hasta la construcción de un muñeco de cartón gigante que emulaba al entonces presidente Enrique Peña Nieto para luego quemarlo en la plaza del Zócalo, imagen que aún queda plasmada en fotografías y hasta en la portada de un libro.

Recuerdo que la idea de hacer un muñeco gigante de EPN surgió en una asamblea a la que no asistió mucha gente, sin embargo, al redactar la minuta me pareció una gran idea que había que desarrollar, así que seguí insistiendo en la propuesta hasta que germinó el 20 de noviembre, día de la Revolución Mexicana. En conjunto con algunos compañeros nos dimos a la tarea de reci-

clar y pintar un muñeco gigante de alambre y cartón; logramos que se asemejara al presidente, y un artista involucrado colocó una nariz de payaso en la cara del muñeco, dándole el toque final. El traslado del muñeco no fue cosa fácil, la estructura era pesada y sobrepasaba los cuatro metros de altura; en el contingente de posgrado nos organizamos para llevar al muñeco de manera segura hasta llegar al Zócalo, pero en el interín mucha gente le aventaba basura, le trataba de pegar y pedía que se quemara sobre la calle, la rabia era mucha. En el Zócalo formamos un gran círculo, todos amarrados de los brazos para evitar que la gente entrara y se quemara, soltamos la gasolina y las llamas crecieron como una gigantesca pira. Los ojos de todos ardían pero no dejamos de gritar consignas hasta que el último resto del payaso se incineró.

Sin embargo, casi al concluir la enorme y más exitosa movilización desde que iniciaron las protestas, cientos de policías arremetieron con una agresividad inusual contra la multitud. Hubo numerosas detenciones arbitrarias, violaciones a los derechos humanos y acusaciones de asociación delictuosa, motín y hasta tentativa de homicidio. Era evidente, por las declaraciones previas del presidente días antes y del Jefe de Gobierno de la capital, que no se toleraría más el estado de movilización generalizada en el país. Miles de familias, ancianos y mujeres

con niños en brazos fueron amedrentados. Había miedo en el ambiente.

Siete días después de la gigantescas protestas y dos meses después de las desapariciones, el presidente, en un inusual acto político, dirigió un mensaje a la nación. Flanqueado por los treinta y dos gobernadores de todo el país y de los representantes de los partidos políticos en el Congreso de la Unión, simbolizando la unidad de la clase política y un cierre de filas en torno de la crisis, Enrique Peña Nieto remató su llamado al orden diciendo, “Todos somos Ayotzinapa”. El evento, donde expuso diez propuestas para enfrentar la crisis de seguridad, fue un intento de regreso a la normalidad, de cierre de la crisis del régimen, de restauración de lo que, es evidente, se había quebrado. Del lado del régimen, la crisis de Ayotzinapa debía terminar. El mensaje indignó a los movilizados, “usted no es Ayotzinapa” le respondieron en las protestas que siguieron.

Sin embargo, las movilizaciones efectivamente comenzaron a menguar, sea por los acontecimientos represivos, porque se acercaba el periodo vacacional, por el cansancio de muchas semanas de intensas movilizaciones o por la desesperanza de saber, quizá, a los normalistas muertos. El 1 de diciembre marcharon en la Ciudad de México 40 mil participantes y el 6 de diciembre solo 10 mil. La

multitud nacional e internacional se contrajo, pero los padres de familia siguieron su lucha incansable para conocer la verdad, lograr la justicia y conocer el paradero sus hijos desaparecidos. Las asambleas se achicaron hasta desactivarse por completo. Es como si el fuego de Ayotzinapa también las hubiera consumido.

Aunque las llamas de la indignación y el antagonismo provocadas por las desapariciones no se convirtieron en una crisis destituyente, pareciera que disolvieron la credibilidad no solo del presidente sino de las instituciones estatales y de todos los partidos políticos que las habitaban. Esos meses implicaron una inflexión, un punto de quiebre para millones en el país. Se había roto lo que quedaba de confianza en la élite que gobernaba México, se dobló el sistema de autoridad cuando el cúmulo de agravios llegó demasiado lejos; la multitud movilizada juzgó como intolerable el sufrimiento de los normalistas y sus familiares, y junto con ellos, el del país entero. México, después de Ayotzinapa y sus llamas, no volvería a ser igual.

Atzelbi, Asamblea de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Habían transcurrido menos de dos años desde la efervescencia del movimiento #YoSoy132 que, entre otras

cosas, se había caracterizado por las movilizaciones “espontáneas”, con carteles que se viralizaban sin un origen claro, sin referentes que asumieran la responsabilidad de la convocatoria y sin un mensaje político claro. Al calor del momento, el primer consenso fue que no tenía sentido replicar esa dinámica y que, al contrario, debíamos buscar el más amplio respaldo de organizaciones para hacer público un llamado contra lo sucedido en Ayotzinapa.

Colaboramos en tender el puente con organizaciones populares y estudiantiles para proponerles lanzar la convocatoria a una movilización el miércoles 8 de octubre, a las 16 horas, del Ángel de la Independencia al Zócalo. Los tres ejes de la movilización se definieron casi de forma natural: en primer lugar debíamos levantar la exigencia de la presentación con vida y en segundo lugar era necesario hacer visible el reclamo de justicia; al mismo tiempo, la historia reciente nos había mostrado que no podía separarse este crimen del constante acoso en contra de las escuelas normales rurales, por ello la movilización debía manifestar su apoyo a las y los normalistas.

Ya para ese momento se habían llevado a cabo asambleas en diferentes escuelas que, además de respaldar la lucha de los politécnicos, discutieron planes de acción para exigir la presentación con vida de los 43 normalistas; convergieron en una primera asamblea interuniversitaria el 10 de octubre, que permitió en adelante

definir de forma coordinada la ruta de la movilización, a partir de balances compartidos y en una lógica de unidad. Los llamados a las acciones globales desde la plataforma de organizaciones de la sociedad civil potenciaron la capacidad de convocatoria.

Sin duda, los paros universitarios impulsados por las asambleas estudiantiles jugaron un papel de especial relevancia para promover la reflexión y la organización de las comunidades escolares. En su marco fue posible rearticular un movimiento estudiantil que se encontraba disperso después de intensos periodos de movilización en 2012 (#YoSoy132) y 2013 (en contra de la reforma educativa). Al mismo tiempo, esos antecedentes hicieron posible la respuesta masiva que todos y todas atestiguamos.

Muy probablemente un punto de quiebre fue la conferencia del 7 de noviembre de 2014, donde Jesús Murillo Karam relató la histórica mentira con la que pretendió encubrir los crímenes de las fuerzas armadas cometidos contra los estudiantes de Ayotzinapa. En mi facultad, la de Filosofía y Letras, nos juntamos para escuchar el relato y reunirnos en la asamblea que discutió un plan de acción ante la nueva información. La indignación fue inmediata, pues sin una sola prueba era imposible creer el cuento que estaba narrándose en televisión nacional. De forma unánime se decidió mantener la movilización.

Después de intensos momentos de represión, como el ocurrido el 20 de noviembre, el final del año llegó dispersando irremediablemente la fuerza que se había acumulado. La desesperación de llegar a asambleas cada vez más pequeñas y mirar cómo la normalidad se impuso de forma inexorable, se contrarresta evocando la vida de Raúl Álvarez Garín, líder estudiantil en 1968: la lucha por la justicia es de largo aliento y la memoria es una batalla que no podemos dejar de pelear. Gracias a la constancia de las madres y los padres de los 43, más temprano que tarde conoceremos la verdad y llegará la justicia.

Epílogo.

La generación indignada del 12-14

En el trienio 2012-2014, los estudiantes se perfilaron como una minoría activa, organizada y politizada compuesta por unos miles de jóvenes y estudiantes que fungieron como la columna vertebral de la movilización de cientos de miles de mexicanos. A una década de distancia, su legado puede medirse en el cruce entre la historicidad y la politicidad de su hazaña. El prisma generacional, como criterio de periodización de la historia de México en función de la emergencia de ciclos de politización juvenil, permite distinguir las rupturas que producen las generaciones al irrumpir en el escenario político así como, en sentido opuesto, se puede sopesar y lamentar su ausencia en otros momentos.

En efecto, la generación indignada del 12-14 fue la sucesora de otras tres generaciones que marcaron la historia del último medio siglo mexicano. De la que inaugura y genera el paradigma desde el

cual se miden alcance e impacto histórico generacional que es, sin duda, la del 68, que sacudió el país, fue derrotada por la violencia y el terrorismo de Estado pero logró dejar una huella en el mediano plazo hasta ser considerada como aquella juventud que luchó por la democracia –olvidando, dicho sea de paso, sus anhelos socialistas y revolucionarios– y la “consiguió” –aunque fuera bajo la forma de la “alternancia” inaugurada en el 2000 con la llegada de un presidente de derecha–.

Después, en 1986 y 1987, otra generación se formó entre la movilización del Consejo Estudiantil Universitario en la UNAM, la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas y la resistencia contra el fraude electoral de 1988, así como las posteriores luchas en contra del neoliberalismo impulsado por el presidente Salinas. Parte de esta generación se mantuvo activa y organizada en el neocardenista Partido de la Revolución Democrática. Pocos años después, entre 1994 y 2001, entre el levantamiento neozapatista y el movimiento altermundista, con la huelga de la UNAM de por medio y la Marcha del Color de la Tierra como punto de inflexión, se forjó la generación zapatista. Aunque se entrelazó parcialmente con la anterior, compartiendo el anti-neoliberalismo, instaló una fuerte discontinuidad en el discurso y las formas de hacer política, heredados de la peculiar hibridación de las

tradiciones comunitarias indígenas y las tendencias post-comunistas y autonomistas. Entre 2001 y 2006, cuando la iniciativa de la Otra Campaña se frustró en el contexto del fraude electoral, la defensa del voto y la emergencia del obradorismo, se cerró el ciclo del protagonismo zapatista en la vida política mexicana y se produjo su repliegue hacia las bases indígenas y los proyectos de autonomía local que sigue hasta la fecha como una modalidad resistencial, intercalada con algunas iniciativas que lo vuelven a colocar, de vez en vez y débilmente, en el escenario nacional o internacional.

Con el movimiento #YoSoy132 se observó un cambio en las culturas políticas juveniles y estudiantiles que no pueden ser caracterizadas ya claramente como zapatistas.

Si bien –entre continuidad y ruptura– algunos principios y formas inaugurados por el zapatismo se mantuvieron y prolongaron, ya no hubo una identificación masiva ni el reconocimiento de la centralidad ni dirección del EZLN, como había ocurrido entre 1994 y 2001 y, de forma más reducida, hasta 2006.

Además de una composición de clase variable en relación a las coyunturas y las convocatorias –siendo de perfil clasemediero en el movimiento #YoSoy132 y más plebeyo en el de Ayotzinapa–, la nueva generación no presentó un contorno

político-ideológico preciso y definido. La circulación del adjetivo “indignado/a”, surgido en otras latitudes, correspondía a un estado de ánimo compartido, una identidad difusa y ambigua, basada en el agravio y el rechazo, de jóvenes sin previas experiencias ni referentes ideológicos y organizacionales, –desconfiados frente a toda mediación, institución o liderazgo político– que fue emergiendo y marcando el escenario, en particular en el #YoSoy132, extendiéndose en alguna medida al movimiento por los 43 de Ayotzinapa.

No obstante, en medio de imaginarios e idearios fluidos y heterogéneos, aparecieron, al calor del antagonismo de esos años, algunas ideas fuerza que operaron como banderas o como demandas inmediatas y aglutinaron a sectores dispersos y perspectivas diversas. A la par de la crítica al régimen político partidario y sus formas de reproducción oligárquica, en particular la mediática, desde 2011, fue transversal y se volvió sentido común de las luchas el rechazo a la violencia, fuera delincuencia organizada a la sombra del narcoestado o represión y violación de derechos. Desde el MPJD a Ayotzinapa, este elemento atravesó el ciclo de luchas. El repudio y la demanda de renuncia de Peña Nieto y la denuncia del crimen de Estado iban de la mano. La consigna “Fue el Estado” coronó el ciclo, expresando el pasaje del horror de Ayotzinapa a la

conciencia de la integralidad de la crisis política, una crisis de hegemonía frente a la disolución de la legitimidad que regía el régimen de la transición democrática.

La convicción de que el Estado era ilegítimo, autoritario, represor, criminal, corrupto e infiltrado por el narco, sumada a la constatación de que el PRI regresó en 2012 para apretar tuercas represivas y neoliberales, hizo evidente que se vivía en el país una dominación sin pretensión ni preocupación hegemónica, que reinaba la imposición como método de gobierno. Bajo esta luz, el Estado, el régimen y el gobierno en turno operaban, sin el mínimo pudor democrático, como instrumentos de las clases dominantes, de un bloque en el poder cuyos contornos rebasaba las fronteras nacionales y abarcaba tanto la esfera legal como la ilegal de la acumulación capitalista. “Fue el Estado”, gritaban en las marchas, indicando ese Estado que operaba como aparato represivo para criminalizar, encarcelar, golpear, torturar y eventualmente desaparecer: ese mismo Estado que operaba como instancia jurídica y de operación de la privatización, promoción y defensa de los intereses privados de una reducida minoría de la población.

El Estado apareció entonces como el ámbito donde se entrecruzaban la difusa violencia delincuencial, la represiva y la que acompañaba el

despojo capitalista. Un Estado que frente al disenso no buscaba el consenso sino debilitar los contrapoderes existentes para enfrentar a las coyunturas críticas de desbordes de movimientos de protesta. La percepción generalizada de esta configuración sistémica de un régimen político siempre más cerrado y hostil fue el horizonte de visibilidad a partir del cual se politizó la nueva generación –afuera y en contra del Estado– a partir de una sensibilidad antisistémica, un antagonismo que se volvió clima de época y rasgo de la cultura de la generación, de su educación político-emocional.

En este contexto, pasaron a segundo plano, aunque no quedaron desapercibidos, el clivaje neoliberalismo / antineoliberalismo y los perfiles clasistas e ideológicos que habían sido centrales en las oleadas anteriores. Los momentos altos del ciclo antagonista correspondieron en efecto a agravios y demandas de orden ético-político, mientras que las reformas energéticas y educativas no generaron equivalentes manifestaciones masivas de repudio y las movilizaciones de los sectores afectados –electricistas y maestros– que marcaron el periodo fueron acompañadas solo por los grupos militantes organizados y por algunas fracciones de la juventud universitaria y coyunturalmente por alguna manifestación masiva de apoyo popular.

En efecto, junto a la masa de indignados siempre estuvieron presentes y activos grupos de militantes pre-organizados, de distintas tendencias comunistas, anticapitalistas, anarcoautonomistas y otras que habitaron un movimiento conformado por un archipiélago de asambleas, colectivos y grupos de afinidad. Si el formato laxo y reticular fue propio del #YoSoy132, en Ayotzinapa esta modalidad juvenil estudiantil fue acompañada del retorno de algunas formas más clásicas –populares y clasistas, propias del sindicalismo magisterial y de la tradición de organización partidaria de corte marxista y leninista–. La reaparición, aunque limitada, de referentes más tradicionales después del 132, pudo ser una reacción al vaciamiento ideológico y organizacional que allí se experimentó, el refugio en matrices político-ideológicas sólidas ante la fluidez escurridiza derivada de las narrativas posmodernas, así como de la búsqueda de estructuras más sólidas y de carácter permanente.

Entre los formatos de participación, sin duda las dos coyunturas explosivas que relatamos estuvieron marcadas por las masivas y disruptivas oleadas de manifestantes espontáneos. Al mismo tiempo, de forma menos visible y espectacular, el formato multitudinario se retroalimentaba y producía una camada de activistas y militantes organizados, cuyas prácticas más constantes y profundas

constituyen una huella generacional de menor amplitud pero de mayor resistencia y duración.

Si bien las redes sociales ocuparon un lugar fundamental en la forma y el alcance de la convocatoria y del mismo despliegue de los movimientos, el pasaje del 132 a Ayotzinapa muestra una diferente intensidad y centralidad en su uso. Si las redes fueron decisivas en la constitución del 132, en el caso de Ayotzinapa operaron de forma más instrumental, siendo este, como lo vimos, un movimiento convocado y estructurado de forma relativamente tradicional, en una mezcla de horizontalidad y verticalidad, que combinaba dinámicas asamblearias e instancias de ámbitos de coordinación colegiada. Al mismo tiempo, las redes operaban en el trasfondo de un movimiento que atravesó a la sociedad civil en su conjunto y no dejó de caracterizar, como vimos, la experiencia de las escuelas y de la Asamblea Interuniversitaria.

En efecto, el sello generacional tendió a caracterizarse por modalidades inorgánicas y episódicas de participación, que rehuían la organicidad y ensalzaban la horizontalidad asamblearia, la rotatividad de los portavoces, el pluralismo, la descentralización y la autonomía casi absoluta de los distintos grupos y colectivos. En este contexto difuso, no se afirmaron grupos ni liderazgos sobresalientes, y quedó un enjambre más o menos (des)coordinado

de colectivos y grupos estudiantiles así como de izquierda radical. Este rasgo explica por qué un ciclo de amplia y prolongada participación estudiantil no dejó ningún saldo positivo de instancias permanentes de organización y representación estudiantil en las principales universidades públicas.

En estos caudales difusos, inorgánicos, esporádicos y efímeros fluyeron las experiencias de organización, politización, movilización y radicalización de esta generación. El pluralismo y la fragmentación como virtud y vicio: factor de dinamismo en el momento de ascenso, causa de dispersión en el reflujo.

El balance estrictamente político del ciclo de luchas que protagonizó la generación del 12-14 tiene que ser retratado en tonos claros y oscuros. La denuncia de los agravios y la aperturas de grietas simbólicas y materiales en las estructuras de dominación fueron contribuciones netas a la quiebra de la legitimidad del proyecto conservador, neoliberal y autoritario de la alternancia conservadora que, si bien nunca logró ser hegemónico, terminaba imponiéndose impunemente en ausencia de sobresaltos, resistencias y gestación de alternativas reales. Si el asedio de los movimientos a la ciudadela del poder tuvo más efectos inmateriales, simbólicos e ideológicos, esto no quiere decir que dejara intactos sus muros de contención, siendo que las

pintadas que los coloreaban y los asediaban figurativamente eran señales que resaltaban sus grietas y anunciaban un derrumbe.

El grito de “Fue el Estado” no impidió la recomposición temporal del orden político-estatal, en parte inercial y en parte orquestada desde arriba. Las elecciones legislativas intermedias del junio de 2015 lograron reestablecer una precaria pero recobrada normalidad institucional. Sin embargo, más allá del ritual legitimador, no se logró una superación definitiva del ciclo de movilización, solo evitar que surtiera efectos inmediatos que hubieran resultado devastadores para el bloque dominante.

En los años siguientes, antes del verano electoral de 2018, las posturas abiertas y francamente antisistémicas y antagonistas en las cuales participan activamente los sectores de la juventud movilizada y politizada se replegaron y dispersaron en luchas parciales o simplemente coyunturales, sin acumular y ejercer la fuerza necesaria para instalar contrapoderes consistentes ni configurar un proyecto viable en el corto plazo, el de las urgencias que ellas mismas planteaban.

Mientras Morena se preparaba para la contienda electoral de 2018, se presenciaba la agonía de una crisis de la democracia en su sentido integral, como crisis de representación y de participación, tanto del sistema político-electoral como de los canales

tradicionales de organización, politización y movilización. El ciclo y la generación 12-14 abrieron una enorme grieta, que solo seguiría profundizándose en los siguientes años con más agravios y torpezas desde el poder: desde la masacre de Nochixtlán hasta el gasolinazo, pasando por las pifias presidenciales y las evidencias de la corrupción de diversos gobernadores. La fisura terminaría haciendo colapsar al régimen de la alternancia conservadora.

En este escenario, la irrupción histórica y política de la nueva generación, además de asegurar el recambio en el terreno del activismo y la militancia, tuvo un efecto político no previsto y diferido, mediado e inevitablemente distorsionado por las elecciones que en julio de 2018 dieron el triunfo a AMLO e iniciaron la que el presidente bautizó ambiciosamente la cuarta transformación de la historia mexicana después de la Independencia, la Reforma y la Revolución. En ese pasaje culminaba la crisis del régimen partidocrático que los movimientos habían impugnado y agrietado y se habría un capítulo –todavía en curso– en el cual algunas de las demandas y los anhelos de la generación del 12-14 han encontrado eco –en particular las que invocaban correctivos al neoliberalismo– pero muchas otras no, iniciando por las que cuestionaban las formas políticas, el estatalismo y la concentración del poder en general.

Este desenlace diferido y claroscuro no pone en discusión el valor de la irrupción de la nueva generación, ya que no solo no resta importancia a la experiencia de politización en sí misma, sino que además está todavía por verse y evaluarse plenamente el peso histórico que terminarán ejerciendo los jóvenes que iluminaron con antorchas los momentos más oscuros del 2012 y 2014.

Laura Nieto, Asamblea de Posgrados Ayotzinapa, UNAM.

Un año después del suceso, logramos instalar, en conjunto con el Sindicato de Trabajadores de la UNAM, una placa con los nombres de los 43 estudiantes desaparecidos que fue colocada justo en la entrada del auditorio. A lo largo de todo el movimiento gritamos decenas de consignas que al final del día nos dejaban con dolor de garganta, pero que lograban sacar un poco de la rabia acumulada que sentíamos frente a la impunidad: “Porque vivos se los llevaron, vivos los queremos”, “Ayotzinapa no es un hecho aislado, es la viva imagen de la represión de Estado”, “Ayotzinapa vive, la lucha sigue”, “Por qué, por qué, por qué nos asesinan, si somos la esperanza de América Latina”, “A las normales rurales las quieren desaparecer, nosotros con lucha y sangre las vamos a defender”, “Alerta, alerta, alerta que camina, la lucha estudiantil por América Latina”, “No estamos

todos, nos faltan 43”, “1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, ¡justicia!”.

*Para mí, la organización y la lucha por encontrar a nuestros 43 compañeros no ha terminado, esa lucha devino en muchas otras que hasta la fecha me interpe-
lan. A partir del movimiento por Ayotzinapa aprendí muchas cosas sobre organización, sobre horizontalidad y sobre solidaridad, conocí a mucha gente, generé vín-
culos entrañables y formas de ver al mundo que aún siguen siendo fundamentales para mí. Sigo soltando
lágrimas cuando me pongo a pensar en las madres y padres de los estudiantes, me da miedo y rabia pensar
en nuestrxs desaparecidxs y sigo enojada por la falta de justicia.*

S

Alina, Asamblea de la FCPyS #YoSoy132, UNAM

*Dentro de la heterogeneidad del movimiento, entre marchas, mítines, entre las interminables horas de asamblea tanto en la Facultad como en las asambleas “interuniversitarias” -máximo órgano de toma de deci-
sión del movimiento- el 132 logró entrelazarnos a miles, generacionalmente hablando. Logramos lazos inque-
brantables con el paso de los años, amores y amistades profundos. Con mucha felicidad, aun tachado de ser un movimiento pequeñoburgués (que en múltiples ocasio-*

nes se esmeraba en llenar la categoría) el movimiento nos encontró y nos hizo reconocernos.

Entre mucha inexperiencia e ingenuidad, no logramos llenar las expectativas tal vez de marcar un antes y un después en la historia nacional, no fue un capítulo de héroes y heroínas, pero sí creo que al pasar los años, entre ese “hacernos” periodistas, defensores de derechos humanos, del territorio, crecimos, nos hicimos mejores personas y tal vez, hicimos de México un lugar más vivible. Algunas y algunos también llenaron las filas de la burocracia, mientras otras y otros se replegaron a los barrios, a las colonias, a las fábricas y sindicatos. Sí, hubo detractores, traidores, oportunistas y también quienes “soltaron” al movimiento tanto estudiantil como de cualquier otra índole y jamás volvimos a coincidir, pero a mí, nadie me va a contar ni convencer de que el 132 fue un movimiento que nació, murió y se acabó. Al contrario, nació, creció y con limitantes, floreció. Y hoy, en ese camino, las y los compañeros que convocó una protesta, relegada mediáticamente a un hashtag, siguen luchando, lo sé porque les he visto, les admiro, les acompaño.

§

Paula, Asamblea del ITAM, #YoSoy132

Como generación vivimos el 132 como aquella oportunidad en la que pudimos hacer política, desde nuestra

propia trinchera y sin necesidad de pedir permiso. Fue un momento que nos marcó porque pudimos interpelar al poder y tuvo que hacernos caso. Quizá lo que más destaco de nuestra participación en el 132, es que logramos aprender entre nosotres y migrar a otros espacios desde los que seguimos resistiendo. Aprendimos como generación que existen pocas oportunidades para convocar como lo logró el 132, pero también entendimos que los procesos organizativos requieren tiempo. Este movimiento dejó muchas semillas, de nosotres depende donde plantamos y cosechamos en el futuro.

“Los hombres [y las mujeres] luchan y pierden la batalla, y aquello por lo que lucharon sobreviene a pesar de su derrota y, cuando llega, resulta ser distinto a lo que ellos se proponían; otros hombres [y mujeres] tienen que luchar por lo que ellos querían bajo otro nombre”.

William Morris

Bibliografía

- Alonso Reynoso, Carlos y Alonso Sánchez, Jorge (2016). *Ayotzinapa. La incansable lucha por la verdad, la justicia y la vida*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Fernández Poncela, Anna María (2018). Crónica de una movilización anunciada: todossomosayotzinapa, *Revista de Ciencias Sociales (Cr)*, vol. III, núm. 161, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Fernández Poncela, Anna María (2015). Una mirada social general sobre el movimiento por Ayotzinapa, *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y movimientos sociales*, vol. 12, núm. 12 México.
- González Villareal, Roberto (2013). *El acontecimiento #YoSoy132: crónicas de la multitud*. México: Terracota.
- Gravante, Tommaso y Alice Poma (2019). Emociones, trauma cultural y movilización social: el movimiento por las víctimas de Ayotzinapa en México, *Perfiles latinoamericanos*, núm. 53, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.

- Guillén, Diana (2017). *¿Primavera Mexicana? El #YoSoy132 y los avatares de una sociedad desencantada*. México: Instituto Mora.
- Hernández Navarro, Luis (2015). Ayotzinapa: el dolor y la esperanza, *El Cotidiano*, núm. 189, enero-febrero, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Modonesi, Massimo (coord.) (2017). *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*, México: UNAM-ITACA.
- Modonesi, Massimo (mayo de 2013). De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México en *OSAL*, núm. 33, CLACSO, Buenos Aires.
- Modonesi, Massimo y Luz Estrello (noviembre de 2012). El #YoSoy132 y las elecciones en México. Instantáneas de una imposición anunciada y del movimiento que la desafió en *OSAL* núm. 32, CLACSO, Buenos Aires.
- Meneses Reyes, Marcela; Silva Aguilar, Sandra Tanisha (septiembre-diciembre de 2018). De las banquetas a las calles. El impacto de las diferencias estructurales en el #YoSoy132 y sus núcleos organizativos, *Sociológica*, vol. 33, núm. 95, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Moissen, Sergio (comp.) (2014). *#Juventud en las calles. 68-99-YoSoy132*, Armas de la Crítica.
- Muñoz, Gloria (2013). *YoSoy132. Voces del movimiento*. México: Bola de Cristal.

- Oliver, Guadalupe y Sergio Tamayo (2015). Tensiones políticas en el proceso de movilización-desmovilización: el movimiento #YoSoy132, en *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 79, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Pineda, César Enrique (2017) Ayotzinapa: indignación y antagonismo. Movimiento estudiantil y política asamblearia. Publicado originalmente en Modonesi, Massimo (coord.) *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*. México: UNAM-ITACA.
- Pineda, César Enrique (8/10/2012) #YoSoy132. Corte de caja en *Rebelión.org*.
- Rivera Hernández, Raúl Diego (2016). *Del Internet a las calles: #YoSoy132, una opción alternativa de hacer política*. Carolina del Norte: Editorial A Contracorriente, North Carolina University.
- Rovira Sancho, Guiomar (2014). El #YoSoy132 mexicano: la aparición (inesperada) de una red activista. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, núm. 105.
- Ruiz Muñoz, María Mercedes y Carlos Jesús Araujo Torre (coords.) (2018). *Irrupción estudiantil y acción ciudadana. Más de 131 y #YoSoy132*. México: Universidad Iberoamericana.

No se puede entender la historia de lo que va del siglo XXI mexicano, incluido el parteaguas electoral de 2018 y la experiencia del gobierno progresista de Andrés Manuel López Obrador, sin reconocer el carácter epocal de la fractura política generada por las masivas protestas que ocurrieron en el país en el trienio 2012-2014, con los movimientos #YoSoy132 y por los 43 de Ayotzinapa, de los cuales fueron protagonistas los jóvenes, en particular los estudiantes. En este libro, Massimo Modonesi y César Enrique Pineda narran y describen los orígenes, desarrollos y consecuencias que dichos eventos, y las manifestaciones que les siguieron, tuvieron y siguen teniendo en la sociedad y la política mexicanas.

Desde diferentes tradiciones del pensamiento crítico y las ciencias sociales, la biblioteca En Movimiento pone en debate la riqueza y el protagonismo de los principales movimientos, revueltas y conflictos de la América Latina y el Caribe del siglo XXI, y los senderos de transformación que abren.

ISBN 978-987-613-280-8



 **CLACSO**